Una historia de amor y dificultades

UN TAL CIRIACO

ÍNDICE

A modo de prólogo.....3
Carta de una maestra.....4
Lineros y Carreños.....13
Los Sánchez. Cinco años de vida.....24
Los primeros años de la familia Malagón.....33
Rumores y pesquisas.....40
Jaime Alberto cuenta su historia.....61
Planear el futuro inmediato.....71
La madre y el hijo.....76
La Sociedad ″Amigos de los niños″.....84
Iniciación del proyecto ″El Ángel de los niños″.....97
Una aspirante desesperada.....100
El amor y el hospicio en marcha.....121

A modo de prólogo

Ninguna obra buena queda sin fruto. Lo mismo pasa con las obras malas.

Los frutos de las obras buenas pueden tardar y aparecer sin que los obrantes de tales siembras lleguen siquiera a saber el alcance de los hechos que ellos mismos protagonizaron. Pero… sus obras los acompañarán a través de sus frutos por muchos muchos años.

Los frutos de las obras malas suelen llegar más pronto. A veces llegan con apariencia de triunfos, pero son triunfos vanos, que duran poco, que pueden volverse en contra de quienes los generaron o pueden golpear a otros que llegan después de ellos y recibirán de frente el culatazo de un tiro que dispararon sus antepasados…

A veces, un ser completamente gris dentro del paisaje, un ser tal vez andrajoso, tal vez hambriento, tal vez ignorante, tal vez ladronzuelo… pasa y produce cambios en donde él vive, y despierta mentes, y sigue sin saber que su amor por todas las criaturas que se acercan a él, va marcando un camino que iluminará a muchos y los conducirá a sus respectivos portales de vida mejor, de encuentro con el amor, de verdadera libertad.

Esta historia tiene que ver con la vida y el amor. También con las dificultades y los sufrimientos. Tiene que ver con todos nosotros.

Carta de una maestra

En este oficio de escribir historias suele ocurrirme que cuando menos ideas tengo y siento correr el tiempo sin ningún relato que me impulse a comenzar un nuevo trabajo, aparece de repente una buena insinuación y se abre la puerta de un laberinto dentro del cual puede existir una vida especial. Puede ser la vida de una persona o de una familia o quizás la de un árbol o, ¿por qué no, la de una mascota perdida?

Hace ya más de un año recibí una larga carta, tan larga que pensé sería una publicación de algún cuento que mi amiga Juanita Pinto, maestra en el pueblo llamado Diaclaro. quería compartirme. Ella fue mi alumna y ahora se desempeña como maestra de Primaria y lo hace con gran gusto.

Transcribo el cuerpo de la carta. Solo cambio los nombres. Aclaro que estamos en el año 1959, en algún lugar de un país andino y somos gente del común. Nada muy especial.

……

Después del saludo y buenos deseos, mi amiga me escribe:

″ Quiero contarle de un caso especial en mi escuela y en este pueblo de Diaclaro. Se trata de un amigo llamado Julio Malagón.

La vida de mi amigo Julio es muy particular. Él es el mayor de cuatro hermanos. Los hermanos menores, Mario y Tomás, son hijos de una segunda esposa del padre

común. Desafortunadamente, estos pequeños quedaron huérfanos de madre cuando tenían cuatro y cinco años respectivamente. Han pasado seis años desde el fallecimiento de esa madre y desde entonces los niños viven con doña Tulia y sus hijos, Julio y Delia. Ahora están todos en este pueblo y los chicos estudian en la escuela donde yo trabajo, en el grupo que tengo a mi cargo.

En conversaciones con Julio quien es el responsable de la familia, he conocido algo más de la historia de los Malagón.

Aunque son muchos los casos con situaciones similares, éste ha despertado especialmente mi curiosidad e interés. Esos niños de once y diez años se ven casi iguales. Nacieron con menos de un año entre ellos. El segundo sin duda es más debilucho y le cuesta más aprender pero su hermanito se esfuerza en ayudarlo y, aunque Mario podría ir bien en el grado siguiente, prefiere permanecer en el mismo de Tomás para hacer las tareas con él. Llegaron al comienzo del año pasado con su hermana Delia quien hace las veces de madre y atiende la casa pues la madre trabaja de tiempo completo en un puesto de venta de verduras en el mercado del pueblo. Delia habla muy poco. Solamente se preocupa por los resultados de los niños y se ve que los quiere y los cuida bien. Ellos siempre llegan limpios y bien bañados y se nota que se alimentan apropiadamente.

Julio vino por primera vez hace unos ocho meses, poco antes de que terminara el año anterior. Su estado físico hizo evidente para mí, una vida de trabajo duro al aire y al sol. Es más conversador que su hermana y por él he venido sabiendo los hechos familiares, aunque él mismo me advierte que muy probablemente algunas de las cosas que me cuenta son falsas, sea porque que ya olvidó rotundamente cómo sucedieron o porque nunca lo supo y resolvió inventarlo.

Lo primero que me dijo es que él no se apellidaba Malagón, ni se llamaba Julio sino que Julián había sido su nombre antes de los doce años. De su infancia recordaba a ratos dos apellidos diferentes en épocas diferentes y prefirió olvidarlos para siempre.

Cuando él tenía nueve años y su hermana Delia seis, su padre los abandonó una tarde en la cual amenazó a Tulia, su madre, con matarlos si los encontraba en el cuarto cuando él regresara. Vivían en el campo en un cuarto chiquito y oscuro de una casa vieja. Tuvieron que salir los tres a buscar posada en donde una amiga de la madre que vivía en el pueblo cercano ′Aguafría′. Allá Tulia se empleó como aseadora en el mercado. Él, Julián ganaba algunos pesos haciendo mandados y la vida le parecía fácil y divertida.

Pasaron tres años. Julio tenía doce años cuando su padre apareció un día en el pueblo y sin más ni más, se lo llevó a

la fuerza para que trabajara con él. No le permitió ni siquiera avisar a su madre.

Volvieron su padre y él al lugar en donde habían vivido antes, para seguir en trabajos de construcción en una finca. Su padre había traído otra mujer. Ella se llamaba Ernestina. Era más joven que Tulia pero menos fuerte. Ella se veía a ratos aburrida, a ratos desesperada, la mayor parte del tiempo triste. Él, por su parte ya no volvió a ser Julián sino que su padre lo llamó con el horrible nombre de Ciriaco y otra palabra fea de apellido y lo obligó a decirle ′patrón′ en vez de padre.

Una tarde, seis meses después, Tulia, su madre había buscado el momento y el lugar precisos para esperarlo dentro de la finca y llamarlo cuando él regresaba de la construcción a la casa y, escondidos en un matorral, en voz muy baja ella le dio las señas precisas del pueblo y el lugar a donde se iban a vivir ella y Delia. Allá lo esperarían el día que pudiera escaparse o le dejarían una carta avisándole en donde podía encontrarlas. No importaba cuánto tiempo pasara, ese día iba a llegar, le había asegurado su madre. Luego de darle besos y bendecirlo lo despidió para que no se notara que él se había demorado por el camino. Ella se quedó escondida hasta que se hizo de noche y entonces regresó a buscar su nueva vivienda.

Ernestina, la nueva mujer del patrón, era buena con Ciriaco el empleado sin paga: le lavaba la ropa y guardaba siempre algo de comida para él, aparte de lo que el padre

dejaba de sobras en su propio plato para el tal ayudante. Ella adivinó que Ciriaco era hijo del hombre que la secuestró después de darle un trago malo a la salida del entierro de su madre. Esa misma noche se la llevó hasta un carro que los condujo durante seis horas de camino hasta el campo cerca de Aguafría.

Ciriaco con su corazón infantil soñaba ayudando a la señora a escapar con él, de ese hombre malo en el que su padre se había convertido. Como un mes después del encuentro con su madre, Çiriaco fue enviado por el patrón en busca de la partera que vivía cerca. Que fuera rápidamente y le dijera que Don Pedro Sánchez necesitaba que ayudara a su esposa porque iba a nacer un hijo de él.

Un obrero le explicó dónde encontraría a esa señora. Ciriaco corrió cuanto pudo y todo sucedió a tiempo.

Antes de que pasara otro año, ya había nacido otro niño. La señora se veía mal, muy mal y sobre todo muy triste. Ciriaco continuaba con sus sueños de ser capaz de llevársela y también a sus hermanitos. Quería que todos vivieran con su propia mamá y su hermana.

Los niños crecían más o menos normalmente pero la madre nunca mejoró del todo. Así vivieron cuatro años en los cuales él, Ciriaco creció mucho y se hizo un joven de dieciséis. Él trataba de ayudarles cuanto podía sin que el viejo lo supiera. Al final ella cayó muy enferma y no pudo levantarse.

El marido se veía raro, como si se escondiera, como si tuviera miedo. Al fin una tarde salió a 'buscar al médico' y esa noche no regresó. Entonces la enferma le habló a Ciriaco, le contó cosas de su vida y le pidió que la dejara sola. Que ella no tenía ningún temor de morir y que sobre todo no deseaba que sus niños quedaran en manos de ese padre incapaz. Ella le dijo que el señor Sánchez no la había golpeado ni nada de eso y que hasta se había arrepentido de robársela pero que no la dejaría volver a su pueblo hasta que sus hijos tuvieran seis años por lo menos, porque ellos se quedarían con él. Entonces ella le rogó a Ciriaco que se los llevara él. Luego le pidió que buscara debajo de los pies de ella, debajo de todas las pajas y cartones que hacían de colchón hasta que encontrara contra el piso un envoltorio pequeñito. Que lo sacara. Él lo hizo así y le entregó el paquete. Ella lo sacudió un poco y, sin abrirlo, se lo entregó mientras le decía: "Son los ahorros de mi madre. Tu padre no sabe nada de ellos. Llévatelos para los niños, para que los acepten en un buen hospicio". Él le prometió que los cuidaría con todo el amor que sentía por ellos.

Por el momento escondió el objeto y siguieron hablando. Ambos sabían que si el viejo se emborrachaba se le iban por lo menos tres o cuatro días para regresar y de aquí a eso, pensaba Ciriaco, ella podría estar un poco mejor.

Dos días después Ernestina supo que su hora había llegado y le pidió urgentemente a Ciriaco que saliera con los niños antes de que ella muriera o si no, no podría

hacerlo legalmente. Que por Dios se fuera de inmediato, y explicó con sencillez que ella creía ciertamente en Dios y de corazón deseaba quedarse sola y morir tranquila pensando que sus hijos estaban en buenas manos. Luego le indicó papel y lápiz que tenía cerca y le dijo que escribiera:

Señora partera, soy Ernestina Sánchez. Estoy muy enferma. Venga por favor a acompañarme mientras llega mi marido que será por la tarde. Ahi le mando el pago de un día de trabajo con el empleado Ciriaco. La espero en la mañanita. Mil gracias.

Le entregó una moneda para el pago y el pequeño resto del dinero dejado por Sánchez, que le quedaba.

Así que a las cuatro de la madrugada, Julián, porque ese era su nombre de verdad, siendo un joven de dieciséis años, salió con sus hermanitos de cuatro y cinco y un equipaje mínimo que tenía preparado desde la primera charla con Ernestina, camino al pueblo en donde esperaba encontrar a su madre. Antes de alejarse del todo, fue hasta la casa de la partera y le dejó la nota y la moneda por debajo de la puerta.

El viaje fue largo. Les tomó dos días completos y la noche intermedia. Julián llevaba algo de comida que repartía con cuidado para sostener las energías de todos. No quería entrar a ninguna tienda antes de estar suficientemente alejado de la finca. Los niños caminaban contentos. Su hermano les dijo que iban con otra mamá porque la mamá

Ernestina se había ido al Cielo con el Padre Dios, pero que la otra mamá los iba a cuidar y les contaría bien eso de ir al Cielo. A ratos llevaba a uno en hombros, a ratos al otro, a ratos descansaban todos debajo de un árbol.

Así Julián se dio cuenta de que Tobías pesaba menos que Martín y pensó que era creíble que Tobías tuviera cuatro años y Martín cinco porque la mamá le había dicho que eran gemelos pero que ella decidió cambiarles las fechas de nacimiento y que en adelante no se llamarían Tobías y Martín sino Tomás y Mario, y entonces él también decidió que no se llamaría más Julián sino que Julio sería su nombre desde ese día… y así se borraría de manera más fácil el camino seguido… Los niños eran gemelos y él mismo no se acordaba de eso; el hacerlos aparecer mayores y de diferentes edades había sido un truco de Ernestina para ayudarles a todos en la escapada.

De esta forma llegaron al pueblo y al lugar indicado que era una zapatería de un pobre viejo que casi no veía y encontraron la nota en la cual Delia le decía a su hermano que las encontraría en la casa de la señora Anatolia Figueroa en la entrada de la ciudad próxima, Altoverde.

Antes de este tramo final, Julio decidió entrar en una tienda y mirar el periódico. Buscando encontró la noticia de que la señora Ernestina Sánchez había muerto el día anterior a las diez de la mañana estando en compañía de la enfermera quien había sido llamada por un empleado del

matrimonio, mientras esperaban la llegada del esposo. Que el entierro sería esa tarde. No se mencionaba a los niños.

Con el espíritu aliviado, Julio apresuró la marcha cargando siempre a uno de los chiquitos de modo que un par de horas después del mediodía, en la casa indicada, su propia hermana Delia les abrió la puerta y los abrazó contenta y sorprendida.

Tulia regresó de su trabajo en el mercado un poco después y enterada de los sucesos abrazó a su hijo Julio y a sus pequeños nuevos hijos Mario y Tomás.

Entre todos eligieron el nuevo apellido familiar. 'Malagón' había sido el apellido de su abuela materna y ese fue el elegido. Todos cambiaron su apellido a Malagón. Tulia y Julio trabajarían y Delia atendería la casa y cuidaría de los pequeños.

El tiempo pasó veloz. Cuatro años duró, en la ciudad de Altoverde, esa primera etapa de la nueva vida familiar de mi amigo Julio Malagón.

Finalmente se trasladaron a esta pequeña ciudad ′Diaclaro′ en donde la señora Tulia tomó en arriendo un puesto en el muy conocido ′Mercado regional de frutas y verduras′. Julio y Delia querían estudiar y trabajar y todos querían que los niños continuaran con su Educación Básica. Por eso nos conocimos el año pasado.″

″Con un gran abrazo″... termina la larga carta de mi amiga.

…….

Realmente me interesé en la historia que Juanita me envió. Poco a poco he ido descubriendo muchos elementos insospechados dentro de una gran variedad de niveles morales y humanos. Deseo compartir con el lector curioso y pensante todos los datos que he podido comprobar, tanto de los hechos como de las personas involucradas.

Lineros y Carreños

En Bellosur, una ciudad importante del sur del país, en 1922 nació un niño, primer hijo del matrimonio Linero Torres. El recién nacido fue llamado Jaime Alberto. Después de él llegaron cuatro nuevos miembros de la familia: dos niñas adelante y otros dos varones al final. Todos crecieron en el seno de un hogar de buen nivel social y económico y dentro de condiciones físicas así como intelectuales y morales muy privilegiadas. El padre era socio de una empresa de acuerdo con su profesión de ingeniero civil y la madre trabajaba unas pocas horas semanales como profesora de Historia Patria en una escuela privada y dedicaba el tiempo restante a la atención de los niños con ayuda de una joven campesina llamada Martina González de diecinueve años.

Esta Martina tenía tres hermanas mayores de apellido Correa quienes no la querían porque era hija del segundo matrimonio de la madre de todas y la más consentida por

ella y además su padre, el González había sido un hombre rico, mientras el Correa padre de ellas tres había sido un simple campesino.

Martina se casó en 1925 con Esteban Carreño y se quedaron a vivir en el campo en la casa de los padres de Esteban, cerca del pueblo Eltejón a una hora de camino de Bellosur. El matrimonio Carreño-González tuvo dos hijos: Albeiro el mayor, nacido en 1926 y la pequeña a quien llamaron Ernestina en 1928.

La niñera Martina tomó un afecto inmenso por el pequeño Jaime Alberto Linero, afecto muy correspondido por él, lo cual no fue suficiente para mantener a su niñera cerca y, una vez celebrado el matrimonio, Martina buscó a una amiga para que la sustituyera en la casa Linero y se fue a vivir con su marido. De todos modos la buena relación se convirtió en una amistad verdadera y el campo de Eltejón fue por un año largo el lugar de paseo más frecuente para los pequeños Linero.

Los años en compañía de la señora Eloísa de Linero enseñaron a Martina el valor de la Educación. Ella, a su modo trató de transmitir a sus hijos lo que le fue posible de lo aprendido por ella misma y los estimuló siempre para que cumplieran con interés sus deberes en la escuela rural cercana, a la cual asistían. Albeiro se cansó pronto del estudio porque prefería ir con su padre a labrar el campo y manejar animales, de manera que solo Ernestina terminó los cinco años de Primaria.

Cuando salió de la escuela, Ernestina sentía un deseo muy grande de convertirse en maestra. Martina, recordando a su patrona tan orgullosa de su trabajo de enseñar, animaba a su hija a leer todos los libros que le prestaran en la escuela y a memorizar todo lo que pudiera. Ernestina ayudaba de vez en cuando a quien había sido su maestra de escuela, en el arreglo de la casa y preparación de las comidas, a cambio de pequeños pagos y sobre todo de permisos para copiar cosas de sus libros. La maestra por su parte colaboró con la joven y la llevaba como ayudante a algunas de sus clases.

Ernestina tenía quince años cuando su padre murió de una enfermedad de los riñones que lo atacó y en seis meses se lo llevó. Su hermano Albeiro reaccionó de forma extraña y manifestó muy pronto el deseo de irse lejos. Pensaba en viajar por el mar. Un día, después de cumplidos los diecisiete, llegó un poco tarde y les dijo que había conseguido un trabajo en un barco de carga y que apenas tenía tiempo de llegar al puerto. Así que al día siguiente temprano se despidieron de él. Ellas no volvieron a verlo.

Ernestina y su madre se quedaron en el campo de Eltejón y continuaron con su vida. Vivían de sembrar y vender papa y maíz. Ernestina iba a la ciudad tres días por semana para tomar cursos sobre cómo enseñar lectura, escritura y aritmética a niños de primero, segundo y tercer año de primaria. Se sentía muy contenta con el futuro que imaginaba cuando llegara a ser maestra en una escuela del campo.

Una tarde Martina, que andaba por el pueblo, llegó a esperar a su hija a la salida de la casa de la maestra y juntas se sentaron en una cafetería para tomar un refresco antes de volver al campo. Estando ahí, la madre se paró de repente muy emocionada y saludó con gran afecto a un joven bien vestido y de aspecto amable que entraba, diciendo en voz suficiente para que él la escuchara: ″Mi Jaime, mi inolvidable niño!″

Ernestina se sorprendió al ver que él se acercó muy sonriente y saludó a su madre con un abrazo lleno de cariño. Martina siguiendo los ojos del joven miró a su hija y riendo se la presentó:

─Jaime, esta es mi hija, se llama Ernestina Carreño─. Él se inclinó y con una impecable cortesía la saludó:

─Muchísimo gusto de conocerte, Ernestina─, hizo una pausa y enseguida añadió: ─tu madre es la mejor niñera del mundo. Yo no la olvido a pesar de los casi veinte años que han pasado desde el último día que nos vimos. Tú estabas por llegar a este mundo. Yo tenía cinco años.

Martina no quiso demorarlo. Le preocupaba que su niño llegara tarde a algún compromiso. Él la tranquilizó diciendo que debía reunirse con varios compañeros en esa cafetería que era su lugar acostumbrado y que ninguno de ellos había llegado, así que contaba con unos minutos más. Luego se interesó por las vidas de ellas. La madre le contó de su viudez, de la partida de su hijo Albeiro y de la preparación de Ernestina para hacerse maestra de escuela.

Todo le interesó. Él les contó que estaba terminando su carrera de Ingeniería. Que en un año cuando fuera a graduarse las buscaría para invitarlas. Luego pidió a Martina las señas precisas de la casa para ir de visita, sin necesidad de esperar hasta el grado. Anotó claramente las indicaciones de cómo llegar y luego se despidió de ambas mostrándose realmente alegre de haberlas visto.

Cuando ellas estuvieron en la casa, después de comer algo, se sentaron a conversar. Martina habló a su hija de ese joven. Dijo que era un ser especialmente bueno y que ella pedía a Dios que lo bendijera y confiaba en que así sería aunque estaba segura de que pasaría duras pruebas... pensó antes de decir

─El padre es demasido rígido para un joven tan sensible.

Cambiando repentinamente de tema la madre entregó a Ernestina las joyitas que su propia madre le había entregado a ella a escondidas de sus otras hijas, porque el padre de Martina le había dicho antes de morir que eran su herencia para su hija y solamente para ella. Desde entonces la madre de Martina había metido esas joyas en una bolsa de tela y luego apretó y cosió la bolsa sobre sí misma para hacer un paquete pequeñito. Cuando Martina cumplió los quince se las entregó como el obsequio que su padre, muerto varios años antes, le había dejado. La madre de Martina, sin pensar en posibles consecuencias, había comentado algo de esa herencia a las hijas mayores y con eso fue suficiente para que ellas se llenaran de envidia

contra su hermana menor, envidia que pasó a ocupar el primer plano en sus motivaciones, después de la muerte de la madre.

Con su viudez actual, Martina se sentía frágil frente a la unión de esas mujeres que la miraban con resentimiento. Nunca había desatado el paquete y lo mantenía muy escondido. Ella sabía que si caía enferma, sus hermanas no dejarían de revolver la casa entera hasta encontrar las joyas... Viejas rencillas que no hay mejor modo de calmarlas que evitando absolutamente tocar el tema, pensó Martina para sí misma. Con ellas en su mano, la madre aconsejó a su hija que las guardara entre sus libros y materiales de trabajo que con eso, sus tías no se meterían nunca porque les producía un temor casi supersticioso, mientras ponía su mano sobre la de Ernestina quien recibió sin mirarlo, un envoltorio del tamaño de un puño cerrado.

Acto seguido Ernestina envolvió el legado de su abuelo en un papel ordinario y lo metió en una vieja caja de tizas en donde guardaba compases, sacapuntas y borradores. Estaba segura de que sus tías no tratarían de escarbar sus cosas porque ella siempre les mostraba todo lo que hacía y ellas se aburrían cuando quería explicarles cómo funcionaba algo. Sin embargo, con todo y estas reflexiones, al día siguiente llevó su equipo de trabajo a la casa de la maestra y le pidió que le permitiera guardarlo allá por unos días.

Dos semanas después, Ernestina fue alcanzada en la calle por Jaime Linero quien la saludó con la gentileza de siempre y la invitó a tomar un café. Entraron a la cafetería conocida y mientras les servían, Jaime propuso que se vieran cada ocho días en ese mismo lugar para conversar así fuera solamente por diez o quince minutos. ...Así comenzó un romance que no se nombraba pero que crecía con cada encuentro.

Tres o cuatro semanas después, Martina enfermó y tuvo que guardar cama. Ernestina no fue a Bellosur en una semana. El sábado siguiente, Jaime Linero llegó hasta la casa de campo y al enterarse de su estado pidió a Martina que le permitiera llevarla a un médico que él conocía. Eso hizo en el coche que lo había llevado y lo esperaba en la puerta. Los tres visitaron al doctor quien recomendó algunas medicinas y cuidados. Al regresar, ellas se bajaron, prometieron cumplir con todas las prescripciones del médico y se despidieron. Jaime volvió solo a Bellosur.

Martina mejoró algo, Ernestina buscó a una vecina para que cuidara a su madre mientras ella iba a Bellosur por su estudio. Además, sin mencionarlo, para encontrarse con Jaime. Ambos reflexionaron. El estado de Martina respondía más o menos bien a los medicamentos para controlar el dolor pero su aspecto, lejos de mejorar se tornaba cada vez más agotado. A la siguiente cita, Jaime le dijo que había hablado con el médico y que el doctor definitivamente no era optimista. Le había dicho que pronto tendrían que darle analgésicos más fuertes y que la

enfermedad no tenía retroceso. Sería cosa de cinco o seis meses...

El panorama se ponía oscuro porque no era prudente alarmar a nadie. Jaime había sabido algo de los problemas de Martina con sus hermanas mayores, pero ni él ni su madre sabían nada de las dichosas ′joyas′. Su madre había hablado de las tías de Ernestina la tarde después del encuentro en la cafetería, cuando él le refirió con emoción el reconocimiento de Martina y la presentación de su hija.

Luego de reflexionar un poco, él propuso a Ernestina que se casaran y lo guardaran en secreto. Le contarían a Martina en cuanto lo vieran necesario pero lo mejor era hacerlo pronto, antes de que surgieran opiniones de todos lados y contrariedades sin número.

Ernestina dijo que sí. Con ese sí ella se sentía creando un apoyo rotundo para lo que viniera...

″Así fue con mi padre″, respondió Ernestina... ″En seis meses se lo llevó la enfermedad. Claro que era un mal de otro tipo″.

Jaime sacó una libreta para anotar la fecha exacta del nacimiento de Ernestina y la parroquia en donde la habían bautizado. Le pidió que volviera dos días después para los preparativos formales. Se despidieron.

Martina sonrió al mirar a su hija. Quiso abrazarla y le dijo que todo saldría bien, que tuviera fe. Ninguna habló de Jaime pero ambas pensaban en él.

Sin explicaciones Ernestina se reunió con Jaime para ir a la parroquia más retirada de Bellosur. Allá fijaron la fecha y la hora. El párroco buscaría el testigo del acto. El hecho se dió en el día señalado y sus vidas continuaron por tres meses como si no hubiera ocurrido nada entre ellos dos, aparte del evidente deterioro de Martina. El proyecto de la pareja incluía que Ernestina acompañaría a su madre y, después de la partida definitiva de la enferma, ellos saldrían del país y solamente cuando estuvieran lejos, avisarían a la familia Linero de su situación de casados y de su lugar de residencia.

Así la vida, en apariencia seguía igual. Martina tenía días mejores y días muy malos. La vecina iba todos los días a acompañarla y cuidarla. Ernestina llegaba siempre temprano para pasar la noche con su madre. Jaime y ella se encontraban una o dos veces en la semana en días y horas diferentes, en un apartamento que Jaime tomó en arriendo en Eltejón. Así pasaron esos meses hasta un día en el cual Martina habló a su hija:

─Quédate todo el tiempo aquí... ─luego con lentitud añadió─: Guarda tu paquetico siempre contigo y se quedó en silencio.

Ernestina la abrazó y le dijo al oído: ─Ya nos casamos. No sufras por mí ─y la vio sonreir.

Tres días después, a las siete de la mañana Martina murió. Ernestina se había dado cuenta de la inminencia del hecho desde antes del amanecer y rápidamente, en cuanto

despuntó la aurora, sin que nadie notara su salida, fue a hablar a la Parroquia. Pasó por donde Jaime y le dijo que por Dios, por el bien de ambos, se ausentara de Eltejón y de Bellosur hasta por lo menos una semana después del entierro. Ella sentía mucho temor. No quería que las tías vieran la menor señal de la relación entre ellos y la publicaran a gritos para desacreditarlos a ambos. Incluso podrían llegar a hacerle daño a él. Jaime aceptó y salió pocos minutos después de que ella se había ido.

En el despacho parroquial de Eltejón, Ernestina pagó al señor cura por adelantado todo lo concerniente al sepelio y volvió rápidamente a la casa para abrazar a su madre antes del último momento, luego cerrarle los ojos, vestirla, acompañarla en la iglesia y en el cementerio y llorar por ella.

……...

Cuando despertó, Ernestina sentía fuertes náuseas y un dolor terrible en la espalda. Estaba en un lugar maloliente y desconocido y se encontraba sola en la oscuridad. ¿Reposaba acaso sobre un montón de basura?... Lo primero que hizo fue tratar de aliviar su espalda. Al mover el brazo para llevar una mano hacia atrás, tocó algo como una piedra pegado a su espalda debajo de su ropa. Entonces recordó: el paquete de su madre. Ella lo había cosido a su blusa por el lado del revés, antes de ponérsela. Se la quitó y tanteando, encontró que el paquete estaba ahí colgando de un hilo, pero entero. Era eso lo que la

atormentaba y le había producido ese dolor que la despertó. Rápidamente lo quitó, se puso de nuevo la blusa y revisó al tacto el jergón sobre el cual había dormido: Era un montón de paja con unos cartones y un trapo sucio encima a modo de sábana. Soportando las náuseas rebuscó debajo del lugar en donde habían estado sus pies y con sus manos abrió un hueco. Cuando sintió la dureza y el frío del piso trató de ahuecar un poco, puso ahí el envoltorio de las joyas y lo cubrió primero con algo de tierra y luego emparejó las pajas y los cartones y finalmente estiró el trapo sobre toda la cama..

Entonces buscó la salida y se encontró al aire en un campo frío cubierto totalmente de niebla. Se apartó unos pasos y vomitó. Volvió a la casucha pero no entró. Se sentó en el suelo y comenzó a llorar... Pensó en su madre y su tranquila muerte. Pensó en Jaime y su amor y en el anillo de su boda que ella cosió, con los aretes que él le regaló, en otro trapito que a su vez cosió al paquete de la joyas de su madre que seguía sin abrir, antes de meter todo junto entre otra tela, coserla fuertemente sobre las uniones de la primera. Después con un hilo diferente, cosió a su blusa, con unas puntadas el paquete reforzado. Con el cinturón que llevaba puesto, el paquete no podía caerse, así que eso al menos se había salvado. Pensó en el consejo de su madre de conservar la fe y lo intentó. Un poco de consuelo y de esperanza llegó a su corazón.

Los Sánchez. Cinco años de vida

Amaneció, salió el sol y Ernestina pudo ver el lugar. Una casa medio caída de la cual el cuartucho en donde había despertado era la parte, llena de remiendos, única que conservaba techo y puerta. Todo lo demás se veía abandonado de años. El clima frío y el paisaje no se parecía a ninguno que ella conociera.

En esas sintió unos pasos fuertes de alguien que se acercaba. Volvió a pensar en su madre y pidió ayuda en su corazón. Luego miró al hombre: Un campesino de cuarenta o por ahí, fornido, de piel curtida por el sol de tierra fría, con ropa de trabajo no muy limpia.

Cuando la vio, el hombre se quitó el sombrero para saludarla:

─Buenos días señorita Ernestina.

Ella recordó entonces al señor que la noche anterior muy gentilmente le había ofrecido llevarla hasta su casa, después de que ella salió tan triste de la iglesia cuando todos los asistentes se habían ido. Y recordó la copa que le ofreció para levantarle el ánimo. Entre sombras recordó a otros dos que hablaron algo con él en el lugar de la copa. Recordó los consejos de su madre… supo que su situación era de esas en las cuales no serviría de nada ponerse furiosa ni alegar. ″llevar la idea hasta donde sea posible… no mostrarse como persona peligrosa ni más inteligente…

nosotras tenemos que protegernos con silencio y pensando un paso más adelante del punto en donde estamos, y sobre todo sin perder la fe… ″

─Buenos días señor…, perdone pero no recuerdo su nombre─, respondió Ernestina.

El campesino se adelantó y estirando la mano se presentó:

─Pedro Sánchez, a sus órdenes─

Ernestina le dio la mano y respondió:

─Buenos días señor Sánchez─, enseguida retiró su mano, al estilo campesino.

─Espero que haya dormido bien─, dijo él.

─Gracias. Lo que no sé bien es en dónde estoy ni por qué vine a dar aquí

─Ah, señorita. Usted se quedó dormida anoche y no supe encontrar su casa. No quise despertarla. Por eso la traje a esta pobre pero decente morada…

─Bueno, de nuevo le agradezco mucho. Y pues entonces, hágame el favor de mostrarme el camino para que yo pueda buscar un carro que me lleve. No se preocupe que sin duda mi hermano pagará la carrera y le enviaremos a usted lo que haya costado el servicio que me prestó─. El campesino reaccionó como si hubiera recibido un golpe:

─¿Cómo que un hermano? Usted no tiene ningún hermano. Usted no tiene a nadie. Eso fue lo que me

dijeron los amigos. Que usted necesitaba un hombre que la protegiera y como yo andaba buscando una buena mujer, ellos me aconsejaron que de una vez me la trajera.

─¿Quienes son esos amigos que me conocen y no saben que tengo un hermano que es piloto de un barco y que él venía ya en camino desde que supo de la enfermedad de nuestra madre?. Él debe estar por llegar a la casa a más tardar esta noche.

─Pues yo pagué mucho dinero por la ayuda para traerla. Así que usted se queda aquí hasta que su hermano aparezca a buscarla. Pero entonces usted ya estará casada conmigo, porque mis intenciones son honradas. Yo quiero casarme con usted y hacerla una verdadera señora. Y eso será pronto.

─Pues, no se preocupe que yo no voy a echar a correr. Solo no entiendo por qué no me lo dijo antes de traerme dormida. Eso no estuvo bien.

El hombre un poco más tranquilo siguió hablando:

─Los amigos me dijeron que sus tías estaban de acuerdo en que yo me la trajera a usted esa misma noche. Que ellas se quedarían con la casa porque esa casa había sido del padre de ellas que se la dejó a la madre de todas pero cuando nació su hermana menor que fue la difunta que usted lloraba anoche, ella pasó a ser la preferida y les quitó todo lo que la abuela de usted había recibido del padre de ellas.

A esta altura Ernestina sabía que sus tías estaban detrás y que ella no tenía ninguna oportunidad de dar pelea. No podría ni mencionar a Jaime porque esos no dudarían en matarlo. Así que estaba sola y ese campesino torpe que tenía al frente, en el fondo no era perverso sino un pobre de espíritu manipulado por dos malvados al servicio de sus tías, él, con toda su rusticidad, era su único posible aliado en semejante cruce de caminos. Entonces recurrió a la salida infalible frente a inocentones de ese tipo: rompió en llanto…

Y comenzó la vida de los señores Sánchez, sin sobresaltos ni tampoco palabras de matrimonio. El marido mejoró un poco de carácter y tres días después salió para el pueblo a buscar un ayudante que conocía. Regresó en la tarde con su propio hijo de doce años, a quien rebautizó como Ciriaco y a quien, con amenazas, comprometió a decirle siempre ′patrón′, a dormir en un rincón y a esperar las sobras de las comidas para alimentarse.

La vida diaria de Julián, ahora recomenzada con el nombre Ciriaco y llamando 'patrón' a quien conocía como su padre, se repartió entre mandados y ayudas a la señora Sánchez, obediencia absoluta al señor Sánchez y trabajo como ayudante sin pago en la construcción que se adelantaba en la finca, en un lugar un poco retirado de la casa en donde vivían que estaba en ruinas. Como recibía comida y techo en la casa de su patrón Sánchez quien era un obrero más del verdadero patrón de la obra y dueño de la propiedad, era Sánchez quien cobraba por los dos.

Ernestina no se veía bien. Generalmente estaba agotada, sufría mucho del estómago, y sobre todo parecía triste y como desesperada. Ella siempre preparaba la comida de los dos y tenía sus métodos para esconder un poco de alimento dedicado a Ciriaco a quien veía tan prisionero como ella. Poco a poco fue comprendiendo que ese niño era hijo de Sánchez, pero que el padre no quería que ella lo supiera. Además su propio estado físico era delicado. Ciertamente se trataba de un embarazo del cual se había dado cuenta unos días antes de la muerte de su madre. Por fortuna no le dijo nada ni a ella ni a Jaime. Habrían sufrido mucho sin duda. Ahora que sabía lo que las tías se habían atrevido a hacer, le horrorizaba el solo pensamiento de lo que habría sucedido si ellas hubieran sabido de su matrimonio y de su estado. Amaba a Jaime y llevaba un hijo de él en su vientre. Era un gran motivo para vivir y luchar. Confiaba en que a la larga, él llegaría a saberlo y le perdonaría esa vida aparentemente tan en contra de las formas tradicionales de la familia y de la sociedad a la cual él pertenecía. Él era inteligente y sensible y sabría comprender. Ella al fin y al cabo era campesina y podría llevar la situación al modo campesino.

Un día, al regreso de la construcción, Ciriaco se encontró con su madre. Se emocionó mucho. Por la mañana del día siguiente pudo contarle a Ernestina acerca de esa nueva esperanza. Ella le deseó que pudiera realizarla sin problemas.

Sánchez observaba a su mujer y estaba intranquilo. Tulia, su primera mujer no había estado así de mal cuando esperaba a sus hijos. ¿Por qué ésta que era más joven, se veia tan enferma?

Poco después de cumplir seis meses de vida en común aparecieron los síntomas de un parto que se aproximaba. El marido no sabía nada al respecto pero sí recordaba a la mujer que Tulia había mandado llamar y preguntó a uno de los obreros si ella seguía viviendo por esos lados. El obrero dijo que ella no pero que había otra que era más joven y que vivía en el pueblo. El obrero quedó de llamarla para el día siguiente.

La partera estuvo conversando con la señora y llegó a la conclusión posible de un adelanto, debido al tamaño de la criatura y al hecho de tratarse de un primer embarazo. Recomendó algunas bebidas de hierbas y paseos cortos cada día para ayudar a que el bebé se acomodara convenientemente y pudiera nacer sin dificultad. También habló de preparar algo de ropita y una cuna en donde el niño pudiera dormir sin peligro de quedar demasiado apretado compartiendo la cama de los padres.

Para ayudar en estos preparativos vinieron dos mujeres relacionadas con el obrero que había llamado a la partera. Ellas recibieron el dinero, hicieron las compras y alegraron un poco la vida de Ernestina mientras cosían camisitas y pañales. Y llegó el día en cual Ciriaco fue enviado a buscar a la partera. Ella llegó con otra más joven

que pudiera ayudar. La sorpresa fue muy grande porque nacieron dos varoncitos gemelos. Eso explicó para todos el adelanto del parto y la partera aconsejó al señor Sánchez que contratara a la joven que la había acompañado para que por lo menos durante dos meses ayudara a la señora y le preparara la comida necesaria porque si no se le podrían morir los niños o ella misma si no comía bien. Sánchez aceptó y comenzó la época de llantos y trasnochos a la cual no logró acomodarse. Prefería dejar a la sirvienta en la casa acompañando a Ernestina e irse a dormir en la posada del pueblo. De día llegaba para su trabajo y medio miraba a los bebitos y a su madre sin ninguna emoción.

Pasaron los días, los niños sobrevivieron y la madre volvió a levantarse pero no mejoró su aspecto de debilidad y tristeza. Sánchez decidió que no tendría más hijos y que dedicaría todo su esfuerzo a levantar a esos dos para tenerlos de apoyo en su vejez. Así que pocas noches se quedaba en la casa. Consiguió posada barata en una casa de un obrero y allá dormía. Por lo demás cumplía con el dinero para el mercado y permitía que Ciriaco hiciera las compras, exigiéndole que le entregara las cuentas de cada día. Ciriaco aprendió con esto a llevar apuntes ordenados de lo que se gastaba y aprendió también a cocinar para hacerlo en los días de fuertes malestares de la señora, malestares que no desaparecieron después del parto.

Para evitar que su padre se disgustara con él, Ciriaco trabajaba más tiempo en la construcción, terminaba tareas que los compañeros le dejaban y siempre se encargaba de

lavar las herramientas al final del día. El capataz le explicaba cosas importantes que debían realizarse siempre con especial cuidado en una construcción y él atendía y pensaba en eso, mientras pasaba de niño a joven y sentía y gastaba en el esfuerzo de manejar materiales y herramientas, toda la energía que brotaba de las nuevas hormonas que recorrían sus venas. Pensaba mucho en su madre y su hermana que lo esperaban.

En menos de lo que pudiera imaginarse, los gemelos cumplieron cuatro años. Ciriaco tenía más de quince. Ernestina era casi una sombra. Acariciaba a sus pequeños con todo amor y parecía esperar ansiosa algo que debía ocurrir. Un día no pudo levantarse. Cuando el señor Sánchez llegó y la vio tan postrada, dio una vuelta y se fue avisando que iba a la ciudad para buscar un médico. No regresó esa tarde. Entonces Ciriaco se multiplicó. Avisó a los obreros que no podría ayudar hasta que volviera el señor Sánchez porque tenía que estar pendiente de la enferma y de los críos y de la comida… y se quedó todo el tiempo cerca de ellos. En dos días acordaron Ernestina y él todo lo relativo a su próxima huida con los niños: cambiar los nombres y las edades, avisar a la partera, inventar que los pequeños habían sido llevados a un hospicio en la ciudad de Bellosur.

Antes del amanecer del domingo, cuando no había llegado ni llegaría ningún obrero por esos lados, Julián y sus hermanitos salieron con destino al pueblo que, tres años antes, su madre Tulia le había dejado grabado con pelos y

señales en la memoria, incluido el mejor rumbo para llegar a pie por entre los campos. Salían esa madrugada Julio, Mario y Tomás para la casa de la mamá y la hermana de todos. Se quedaba Ernestina segura de que pronto encontraría a su propia madre en la patria celestial y tranquila por el futuro de sus niños sobre quienes hacía brillar desde su mente la esperanza de que recuperarían a su padre y de que él encontraría en ellos el consuelo y el sentido de la vida.

Los primeros años de la familia Malagón

Tulia Malagón y sus hijos Julio y Delia decidieron conservar la historia tal como Julio y Ernestina la habían modificado, sobre todo en lo relacionado con las edades de los niños. Porque las parejas de gemelos siempre llaman la atención. Entonces tratarían de peinarlos de manera diferente, con el pelo largo en el pequeño y corto en el mayor, y vestirlos de forma acorde con esas diferencias.

Tomaron en arriendo una casa pequeña en un barrio obrero del centro de Altoverde. Tulia continuó con trabajos muy variados en el mercado, desde barrer algunos puestos hasta reemplazar durante el día a un vendedor que tuviera algún inconveniente. Delia se quedaba con los niños, preparaba las comidas y jugaba con ellos, de preferencia en la casa. Siempre tenía temor de ver aparecer a su padre, como el día en Aguafría cuatro años antes, cuando agarró a Julián y se lo llevó sin que ninguno de los dos pudiera hacer nada para oponerse.

Julio por su parte salía a buscar trabajo en construcciones de casas. Lo contrataban como alcanzador de cosas: baldes de agua, paletadas de cemento o de arena, carretillas de piedras… y le pagaban el jornal más bajo. De todos modos la buena economía de la madre hacía alcanzar los ingresos de ambos para sostener una vida ciertamente pobre pero limpia, organizada y con las necesidades básicas resueltas. Ella conseguía en el mercado los productos del campo a precios muy baratos aprovechando

toda oportunidad de obtener buenas cosas en remate y Julio se esforzaba para mejorar poco a poco su nivel dentro del escalafón de los obreros de la construcción. El tiempo seguía corriendo y los niños crecían...

Una noche, después de acostar a los chiquitos, los tres adultos hablaban del misterio que rodeó siempre a Ernestina. Tulia se condolía tremendamente de esa suerte tan dura. Julio les habló del paquete que Ernestina le había entregado y de que prefería mantenerlo así cerrado y bien guardado hasta el día en que alguna circunstancia mostrara que había que vender algo de lo que ese paquete contenía. Tulia y Delia estuvieron de acuerdo y ninguna mostró curiosidad por ver lo que había dentro. Julio quiso comunicarles todo lo que sabía al respecto:

″Ella me dijo que ahí estaban los ahorros, luego aclaró 'las joyitas' de su madre, joyas que sus tías, las hermanas de Martina, que así se llamaba la madre, deseaban para ellas y serían capaces de voltear la casa para encontrarlas, si pudieran. Además me dijo que había un par de cosas de ella misma que, cuando yo las viera sabría lo que ella no podía mencionar porque era un secreto solemne. Yo le pregunté si ella quería que yo abriera el paquete y me dijo que por mi propio bien, si yo no necesitaba pagar para que algún hospicio bueno recibiera a los niños, era preferible que esperara el acontecimiento que me mostraría que había llegado ese momento″, haciendo una pausa, Julio terminó:

″Entonces, lo mejor que podemos hacer, ya que no necesitamos pagar nada para el bienestar de los niños, es dejarlo quieto y bien guardado y entre nosotros tres queda como nuestro secreto solemne y nuestra responsabilidad de protegerlo″.

Delia parecía angustiada. Julio la tranquilizó diciendo que su padre no sabía nada de ese paquete y les contó en donde había estado escondido desde la noche de la llegada de Ernestina a la casa medio caída y al cuarto horrible en donde ellos, todos los cuatro hijos de Sánchez nacieron y en donde ella había dormido sola esa primera noche. Por eso al despertar pudo esconderlo pues lo llevaba cosido a su blusa cuando el viejo, sin verlo ni palparlo, la descargó como si fuera un bulto sobre esa cama de basura y se fue a dormir a otro lado.

Los niños estaban ya en su séptimo año de vida. Era necesario que comenzaran a ir a la escuela. Delia regresó a la Secundaria que había interrumpido para hacerse cargo de los niños. Tulia se encargó de conseguir los cupos para los pequeños, y de llevarlos en la mañana cuando ella salía para el mercado. Julio los recogía por la tarde y a veces los llevaba hasta su lugar de trabajo para que ahí lo esperaran y luego todos seguían hasta la casa o se iban directo cuando el trabajo terminaba antes por alguna razón.

En esas esperas cerca de las construcciones, los niños aprendieron cosas buenas y otras no tan buenas que escuchaban a los obreros. Tulia los regañaba cuando

repetían palabras 'feas' o groseras y les decía que eso no era bueno para las personas educadas y que desde pequeños tenían que aprender a comportarse bien. En esto se pusieron de acuerdo los tres: corregir a los niños y mostrarles lo que no estaba bien para que lo evitaran.

Así, a medida que pasaba el tiempo, los niños crecían y progresaban y la familia completa vivía sin sobresaltos ni temores. No volvieron a pensar en el paquete que seguía muy bien guardado, ni en los tiempos de la vida en esa casa de campo cerca de Aguafría de la cual no debía quedar ni la sombra.

Cuando llevaban cuatro años de vida en Altoverde, Tulia conocía muy bien el tejemaneje del mercado de frutas y verduras. Además estaba muy deseosa de conocer Diaclaro, una ciudad cercana más pequeña y más alejada de Aguafría, en donde existía el más grande y afamado mercado campesino de la región.

En cuanto los niños salieron a vacaciones de final del año escolar, todos cinco hicieron el viaje a Diaclaro y quedaron encantados con la ciudad, con el mercado y con el progreso que se notaba: había muchas construcciones nuevas y muchos trabajos de remodelación en marcha. Entonces decidieron que Julio buscaría una casa apropiada y se cambiarían para vivir en Diaclaro, antes del comienzo del siguiente año escolar.

Así pues, el comienzo de la vida en Diaclaro sucedió cuando Julio tenía 22 años, Delia 19 y Martín y Tomás once y diez respectivamente.

Desde la huida del campo en Aguafría después de la muerte de Ernestina, los Malagón no habían vuelto a escuchar a nadie hablar de Pedro Sánchez ni de ningún relacionado con él ni con su segunda esposa.

La familia Malagón se instaló en una casa un poco más amplia que la de Altoverde. Una sala pequeña, buena cocina, baño, patio con algo de jardín y dos habitaciones, una para Tulia y Delia y la otra para los tres hombres. Tulia fue enseguida a conocer más a fondo el mercado. Su aprendizaje en Altoverde le fue de gran utilidad para medir sus posibilidades de entrar de una vez como arrendataria de uno de los puestos que estaban disponibles. El dueño del edificio era el municipio. Todos los vendedores pagaban arriendo por sus puestos. Así que sin mucho pensarlo, Tulia eligió el que le pareció mejor situado y de lo ahorrado, una vez conversado con Julio y Delia, sacaron para pagar la primera cuota, correspondiente a tres meses, que era el tiempo mínimo de un arriendo. Después se negociaría la forma de pago que podía ser trimestral, semestral o anual.

Desde el comienzo Delia se hizo cargo de llevar las cuentas familiares en un cuaderno exclusivamente dedicado para eso. Antes de terminar el trimestre había buscado ayuda porque eran muchas las anotaciones y

comenzaban a ponerse difíciles por la cantidad de números y de fechas. Una vendedora vecina del puesto de su madre le presentó al señor que le llevaba las cuentas a ella. Un hombre dedicado a llevar contabilidades, quien enseguida se ofreció a llevar la contabilidad de doña Tulia o a enseñarle a su hija cómo hacerlo. Escogida la segunda opción, por pagos moderados de acuerdo con el tiempo que el maestro dedicara a las explicaciones y revisiones del trabajo de la alumna, en un mes Delia llegó a manejar bien el libro llamado Diario. Rápidamente comprendió la importancia de todo lo relacionado con la contabilidad y comenzó a desempeñarse con toda soltura en los aspectos de balances e inventarios.

Antes de terminar las vacaciones, Delia fue con los niños a la escuela más cercana de la casa. La profesora Juana María Pinto sería la maestra de ellos pues estaría a cargo del curso tercero en el cual Mario y Tomás fueron matriculados de acuerdo con los informes y resultados procedentes de la escuela de Altoverde.

Delia, por su parte, se matriculó para el cuarto y último año de Secundaria en un Instituto oficial. En ese momento ella tenía muy decidido dedicarse de lleno al aprendizaje de todos los métodos y secretos de la Contabilidad tanto de negocios particulares y pequeños como el de su madre, como de negocios y empresas grandes. Su maestro conocía contadores que se dedicaban a eso y ganaban para sostener bien a sus familias.

Julio, por su parte, conseguía trabajos intermitentes en construcciones diversas y ayudaba en la búsqueda y negociaba con los productores de los vegetales que su madre vendía, para lograrlos de buena calidad y con el menor costo posible de transporte.

Así, los Malagón terminaron esas vacaciones de traslado y ubicación en Diaclaro, habiendo completado la planificación del año e iniciado de buena forma un nuevo período de sus vidas, .

Rumores y pesquisas

El primer año de vida en Diaclaro transcurrió sin sobresaltos. El negocio de Tulia comenzó con dificultades pero al final del segundo mes ya marchaba regularmente y lo que se vendía dejaba un margen aceptable de ganancia. Delia continuaba llevando la contabilidad añadida a sus tareas del Instituto y mejoraba sus niveles en ambos campos. Los niños iban y volvían juntos a la escuela sin necesidad de compañía. Entre los dos se controlaban para que a ninguno se le ocurriera desviarse del camino. Tulia siempre les preguntaba sobre el día en la escuela y los recorridos por la calle.

Julio trabajaba con mayor dedicación en las construcciones y solamente cuando había alguna circunstancia especial acudía en ayuda de su madre y sus proveedores, aunque en ese campo ella se defendía muy bien. Además Delia le ayudaba a la hora de los pagos y de recoger el dinero de la caja, al final de cada día.

Cuando el año escolar llevaba más de medio año de recorrido, Julio fue por primera vez a la escuela de los chicos. Se sorprendió del afecto que ellos mostraron por su maestra, la profesora Juanita, y le agradó mucho conversar con ella. Era una joven simpática que hablaba y sonreía con naturalidad y quien se interesó vivamente por la historia de la familia. Mientras regresaba a su casa, Julio pensó mucho en esa sonrisa y quiso verla con frecuencia.

Las conversaciones de ′el padre-hermano de familia′ con ′la maestra′ de sus ′hijos-hermanos′ pronto se ampliaron convertidas en visitas particulares de amigos y, al salir a las vacaciones de mitad del año, la amistad era una relación en la cual se hablaba de amor y de futuro…

Julio le hablaba a su madre de su interés por Juanita, Tulia lo veía bien, aunque a ninguno se le ocultaba que la responsabilidad respecto de los niños era toda una carga en vistas a un enlace cercano. Lo mismo pensaba Delia que adivinaba desde lejos el asunto. La única a quien no le preocupaba la situación era Juanita. Ella lo expresaba tranquilamente: Los hermanos-hijos de Julio lo serían también para ella y todo tendría solución siempre y cuando el amor continuara vivo.

En un día laboral de una de las semanas de esas vacaciones, Juanita viajó a Altoverde para acompañar a su madre al médico. Salieron del consultorio antes del mediodía y entraron a tomar un café en un lugar cercano. Allí estaba una vieja amiga de la madre y, sin preámbulos, las dos mujeres comenzaron a conversar. Juanita aprovechó para acercarse al mostrador y hojear el periódico del día que estaba disponible para los clientes. Sus ojos miraban los titulares cuando le llegaron algunas palabras de la charla de dos señores mayores que estaban cerca.

Uno de ellos decía algo como:

─Esa mujer misteriosa que murió en el campo de Aguafría hace ya como diez años..., ahora resulta que buscan a alguien que la haya conocido y ofrecen recompensa por datos comprobables…

El otro le respondió:

─Sí, leí el anuncio. Los interesados en esa recompensa deben presentarse en estos días en la Posada de Aguafría… Si yo supiera algo no me presentaría. Eso debió ser un delito o un asunto muy oscuro… y de pronto tiene que ver con el cuento del tal Sánchez que duró varios años dando vueltas dizque buscando a sus hijos gemelos… Qué tal que uno resulte de involucrado, por bocón!

Juanita con todo disimulo pasó hojas del periódico hasta los anuncios y encontró lo de la persona que buscaba un familiar o conocido de la señora Ernestina Sánchez… y daba la fecha de su muerte, muy de acuerdo con las fechas de la huida de Julio…

Cerró el periódico y decidió ir ella misma a la posada para observar y escuchar, sin perder tiempo en ir hasta Diaclaro para contarle a Julio y volver. Ella solamente quería llevarle a él la noticia completa. Cerró el periódico y se acercó a su madre para decirle que por qué no se quedaban esa noche ahí en Altoverde, que acababa de saber de unos viejos amigos que andaban por esos lados y quería verse con ellos. Que ellas se podían quedar en el hotelito de siempre, como acostumbraban cada vez que se les hacía tarde y más bien madrugaban al día siguiente para

Diaclaro. La madre y sobre todo su amiga estuvieron enseguida de acuerdo y Juanita, después de decirles que se verían en 'Los Cerezos' salió rápidamente a buscar un transporte para Aguafría.

Fue más de una hora de viaje. A las cuatro de la tarde, Juanita entró en la Posada de Aguafría. Todo estaba silencioso. Se sentó a esperar y apareció un muchacho a quien ella pidió un refresco y preguntó por la dueña o administradora de la Posada. El chico entró a traerle el refresco y mientras ella se lo tomaba, un señor bien vestido que estaba sentado cerca de la mesa más retirada se paró y caminó hacia ella.

─Buenas tardes señorita─, dijo cortésmente el recién llegado.

Juanita se sorprendió de encontrarse con un dueño de la posada tan bien vestido y educado.

─Perdone. Nunca me imaginé que alguien como usted fuera el dueño de esta posada. Buenas tardes, señor...

El hombre sonrió y le dijo: ─No soy el dueño. Solamente soy un cliente solitario que vine a cumplir una rutina que llevo cinco años repitiendo semana a semana en distintos lugares...

─Ah!, ¿es usted quien puso el aviso en el periódico?─, preguntó Juanita.

─Sí. No me diga que usted puede decirme algo al respecto.

─Pues Sí y No. Pero no quiero hablar aquí. Por qué no vamos al parque por ejemplo, para que parezca que somos viejos amigos. La gente de los pueblos es chismosa por naturaleza y muchas veces malintencionada. Hagamos esto: Yo salgo y voy al parque que está frente a la Iglesia. Allá me siento en un banco y usted pasa y se sorprende al verme y me dice: ′maestra Juanita′, qué gusto me da encontrarla por aquí!...

El hombre asintió con una sonrisa y Juanita llamó al mozo, pagó su refresco y salió sin mirar para ningún lado.

El encuentro casual resultó perfecto. Entonces los dos buscaron un banco con algo de sombra y alejado un poco del camino principal del parque y se sentaron.

Jaime Linero y Juana María Pinto se hicieron amigos desde el primer momento. Ambos coincidían en la forma común de mirar y de sonreír que los hizo confiar inmediatamente en que no había ningún engaño entre ellos.

Él le dijo que buscaba noticias sobre la señora Ernestina Sánchez muerta en ese lugar hacía casi ocho años. Luego explicó a Juanita que él estaba buscando las historias de todas las mujeres llamadas ′Ernestina′ que hubieran muerto en cualquier lugar del país desde el año 1954, e iba siguiendo esas pistas de región en región.

Juanita por su lado dijo que ella tenía un amigo que todavía sufría por no haber podido salvar a esa señora a tiempo. Era un niño de doce años cuando el hombre Sánchez que se la robó la noche misma a la salida del entierro de la madre de ella, la llevó hasta el rancho en donde vivían, en un campo cerca de aquí.

Respecto de sí misma, Juanita explicó las circunstancias en las cuales esa mañana ella había sabido en la ciudad vecina, que alguien preguntaba a través del periódico por esa señora muerta y por eso se apresuró a buscarlo. También le dijo que lo mejor era que él fuera hasta Diaclaro y allá podría hablar todos los detalles con su amigo que era un hombre absolutamente confiable. Ella volvía a Altoverde para pasar la noche con su madre en el hotel Los Cerezos y a la mañana siguiente iría con ella de vuelta a Diaclaro. Que por qué no iba también él, claro que llegando al hotel como desconocido y de ahí al transporte de la misma forma. Ya allá, después de que conversara con su amigo Julio Malagón, entre los dos podrían ver qué convenía hacer. Pero que fuera, que le iba algo importantísimo en ello porque su amigo sabía que ″Algo tiene que pasar o si no ella no me habría dicho lo que me dijo″…repitió Juanita las palabras de su amigo y aclaró que Julio no dijo ni una palabra de eso que ′ella′ le había dicho.

Jaime le pidió que lo esperara en la estación para tomar el transporte a Altoverde. Que estaría allá en un cuarto de hora. Añadió que solamente el saber cuándo fue el rapto,

era suficiente prueba para él de que se trataba de la Ernestina que él buscaba, la hija de su amada niñera... su Ernestina…

Juanita con su madre llegaron a Diaclaro. Después de ellas bajó del mismo bus el señor Linero. Juanita le hizo seña de esperarla, llevó a su madre hasta la casa y le dijo que tenía algo importante que hablar con Delia y la señora Tulia, que no se preocupara por ellas porque seguro inventarían un almuerzo por allá. Se devolvió hasta la Estación en donde Jaime había quedado de esperarla y ella lo acercó hasta la esquina de la construcción en la cual Julio estaba trabajando por esos días. Le dijo que preguntara por Julio Malagón y que a él le dijera que la maestra Juanita se lo había recomendado y que cuando quisieran la podían encontrar en la casa de la señora Tulia. Que allá estaría con Delia y los niños.

Julio se acercó al desconocido que había preguntado por él. Enseguida se puso pálido por la sorpresa: … esos ojos… ″¡son los de los niños!″, dijo en voz baja. Luego se limpió un poco la mano contra el overol, se saludaron con un apretón y Julio le pidió que lo esperara por favor un par de minutos.

″Aquí lo mejor para conversar es comprar un par de cervezas e ir al campo a tomarlas. Así que yo invito. ¡Vamos!″, habló Julio.

Se sentaron en el suelo. Jaime había viajado con ropa de caminante, de modo que no estaba de por medio el traje de calle y todo lo que eso implicaba.

″Yo soy el viudo de Ernestina″ comenzó diciendo Jaime. ″Háblame por favor de ella. Llevo todos estos años buscando, buscando algún rastro, alguna señal de sus pasos después de los dos meses de felicidad que duró nuestro matrimonio hasta que ella desapareció de la forma más rotunda, sin dejar ni una huella″.

Julio apretó el brazo de su nuevo amigo y le dijo: ″Ella siempre pensaba en usted pero nunca lo nombró. Yo veía y sentía que ella lo protegía de malvados que no dudarían en matarlo si supieran…″ hizo una pausa y continuó: ″apenas los vi, hace un momento, sus ojos me dijeron que era en ellos en los que ella pensaba siempre, siempre… porque esos ojos siguen vivos en dos criaturas bellísimas que yo tuve la alegría de rescatar y que están bien. Los cuidan mi madre y mi hermana″. Si ella no me habló de usted, después lo comprendí, era también para protegerme a mí de saber mucho, eso que los malos adivinan y que tratan de averiguar por la brutalidad y la fuerza″…

Levantándose después de terminar la cerveza, Julio animó a Jaime que estaba asombrado, casi extático de saber que era padre de dos niños… que Ernestina no lo había dejado solo en el mundo... pensaba cuando escuchó a Julio que decía:

″Bueno, pero creo que lo mejor es que hablemos de la historia de los niños mientras caminamos hacia la casa″. Acto seguido comenzó a enunciar los hechos:

Nacieron gemelos. La partera tiene los datos precisos. Él en ese momento era Ciriaco, solamente tenía doce años cuando sucedió pero recordaba muchos detalles. Cuatro años después, tuvo que dejar a Ernestina sola, pocas horas antes de que muriera, para huir. Ella se lo pidió con ansiedad inmensa, para salvar a los niños. Con ella cambiaron los nombres y las edades y después él arregló las apariencias para que ′no fueran gemelos′ que son muy notorios, por si acaso los buscaban con ese dato.

Los niños mismos no saben todavía que son gemelos pero se quieren y se cuidan y se ayudan tiernamente. Él, de acuerdo con la señora, convocó a la partera y le pagó por adelantado para que fuera a acompañar a Ernestina en la mañana de su muerte, diciéndole que era solamente mientras el señor Sánchez regresaba con el médico y que ella estaba enferma y no se podía parar pero nada de extrema gravedad. Ella, la partera fue quien sin duda comunicó la noticia a las autoridades. No se supo nada de los niños. Algunos dicen que el viejo enloqueció buscando a unos gemelos que no existían… otros que los llevaron a un hospicio… en fin, la gente habla de lo que no sabe, como se le ocurre.

Lo cierto es que él, Ciriaco, retomó su nombre Julián modificándolo como Julio y nunca regresó a Aguafría.

Pero podría volver en compañía de Jaime para enseñarle los lugares y sobre todo para hablar con la partera. Él había deseado mucho conocer por ella los detalles que solamente ella pudo conocer. Lo que sí le constaba era que la señora Ernestina vio salir a sus hijos con Ciriaco a las cuatro de la madrugada y sonrió aliviada en su lecho de muerte. ″Ella estaba segura de que usted y ellos se encontrarían. Yo veía que ella esperaba firmemente que algo muy bueno se cumpliría sin duda ninguna″, fue lo último que Julio expresó.

Así llegaron a la casa. Juanita que estaba pendiente, fue la primera que salió y se acercó a ellos para hacer las presentaciones. En la puerta estaban Tulia y Delia con los dos pequeños en el centro. Jaime tuvo que esforzarse mucho para evitar llorar de emoción. Él veía a su amada esposa en esos niños.

Todos entraron. Tulia había preparado galletas y refresco para todos. Entonces Julio les preguntó: ″Mario y Tomás, díganme una cosa: ¿Cómo se llamaba su primera mamá?″

¡Ernestina!, contestaron a la vez. Enseguida los dos explicaron que ella se había ido al cielo con el padre Dios y que ellos estaban en Diaclaro con la mamá Tulia y la mamá Delia y su tío Julio.

″Bueno″, les dijo Julio. ″Pues hoy llegó por fin, después de un viaje larguísimo, el papá. Se llama Jaime y es él″… Tomás fue el primero en llegar y abrazar a Jaime y Mario enseguida lo abrazó por el otro costado. Jaime los abrazó a

los dos y les dio un beso en la frente a cada uno. Ellos también le dieron besos y le dijeron ¡papá!

Así se pasó la tarde. Delia y Juanita se metieron en la cocina para preparar una cena especial. Tulia, de acuerdo con Julio arregló para Jaime la cama de Julio y para su hijo preparó un tendido para el sofá de la sala. Así el papá dormiría con sus niños y en la mañana ya se sentirían como si siempre hubieran estado juntos.

Fue bueno lo que sucedió después de tantos sufrimientos, temores y dificultades de todos, especialmente de Jaime esposo, viudo y padre, y también del hijo de Tulia tan lleno de buenos sentimientos, tan valiente y tolerante…

Llegó la hora de comer. Juanita estaba presente. La sala colmada de personas muy ligadas por la vida y por el amor. El padre y sus hijos jugaban al fútbol con una bola hecha de papeles y amarres. Por suerte no había aún flores en el jardín, pero si las hubiera tampoco habrían impedido el partido. Julio y sus tres mujeres hablaban de lo inmediato: primero conocer la historia de Jaime, segundo planificar la visita a la partera y a la parroquia de Aguafría y al cementerio para poner todo en su lugar. Avisar a la madre y hermanos de Jaime… según fueran las circunstancias de cada uno. Era forzoso hablar de una reunión familiar ampliada, por los niños. Ellos tenían papá y tíos y tías y seguramente primos por la vía de la sangre paterna. Por la vía materna ellos no sabían nada y también era bueno conocer ese aspecto. Al fin las circunstancias los

habían unido y en esa unión podían afirmarse grandes logros para el futuro. Delia hizo sonar un tambor improvisado para que todos se acercaran con un plato para servirse.

Todos se pusieron sin palabras en el acuerdo de atender al asunto alimentario. La comida sencilla pero nutritiva y vigorizante absorbió el bullicio. Tenían hambre y acabaron con todo. Al final hubo fresas en cantidad que Tulia había comprado en la mañana, como si supiera de la cena lujosa que ofrecería a tan particular concurrencia.

Luego más jugarretas y finalmente los más jóvenes comenzaron a cabecear. La mamá Delia llegó con pijamas y explicó que el papá iba a dormir en el cuarto con ellos, en la cama del tío Julio. Llegó el papá y ayudó con el aseo de los dientes y la sacudida del pelo para evitar que las almohadas se llenaran del polvo levantado en el juego. Delia le explicó las rutinas que se habían establecido. Rutinas muy importantes en los tiempos de escuela para que todos pudieran cumplir con sus respectivos oficios. De momento estaban en vacaciones y en un día tan especial bien merecían los niños un poco de tolerancia para modificar las reglas. Jaime escuchaba a Delia y sonreía al ver la madurez de esa joven que hacía de madre con absoluta seguridad de lo que era bueno para los niños.

Dormidos los pequeños, los demás conversaron de temas generales y planificaron las diligencias más urgentes. Juanita, deseando permanecer al margen de una

conversación demasiado particular de los cuatro más involucrados, se paró y comenzó a despedirse. Julio salió con ella para acompañarla hasta su casa. Mientras tanto Jaime se quedó con Tulia y Delia y les expresó todo el agradecimiento y el respeto y el infinito consuelo que acababa de recibir a través de ellas. Les dijo que deseaba escuchar todas las opiniones y propuestas respecto de la forma y el lugar en donde les pareciera mejor que él se radicara. Que podría hacerlo en donde pareciera a todos más conveniente. Al fin llevaba cinco años sin residencia fija, buscando, buscando señales de la vida de Ernestina. De eso les contaría al día siguiente.

Una vez que Julio regresó, los Malagón se miraron y tácitamente estuvieron de acuerdo en enfrentar de una vez el asunto del paquete de Ernestina.

Julio comenzó por preguntar a Jaime si Ernestina le había hablado de las joyas de la madre de ella. Jaime admirado contestó que no, que ni ella ni su niñera Martina, su ′nina′, como él le decía desde la infancia, habían hablado nunca de eso. Entonces Julio le contó la historia de cómo llegó el paquete a sus manos, más todo lo que Ernestina le había dicho respecto de las precauciones de su madre Martina casi moribunda, más lo que Sánchez le había dicho a ella de sus tías y, finalmente, de lo que él, su hermana y su madre habían acordado la misma tarde en la cual él les contó la historia completa de la enfermedad de la señora y de la huida con los niños. Ninguna otra persona, ni siquiera Juanita que era su novia, sabía nada respecto de

esas joyas, salvo que existía ′un paquetico con los ahorros de la madre de Ernestina′. Luego, tomando del estante una pequeña caja cerrada la entregó a Jaime.

Con la caja en las manos Jaime les dijo que él había oído de su propia madre un comentario sobre las hermanas de su niñera, de las cuales dijo que eran unas arpías.

Luego cuando regresó después del entierro de Martina, fueron él y su madre a la casa en donde había vivido Martina y encontró a las tías de Ernestina rompiendo paredes y puertas y abriendo los colchones con cuchillos y tirando cosas por todas partes, buscando algo que la hermana de ellas les había robado, junto con la propiedad de la tierra y de la casa… ellos salieron decididos a no regresar nunca. Sin embargo él preguntó en la oficina correspondiente a quién pertenecía esa propiedad y le contestaron que sin ninguna duda a la señorita Ernestina Carreño González. Esa respuesta legal no correspondía con el derecho que ellas alegaban de hacer lo que quisieran con lo que supuestamente era suyo, que comenzaba por la propiedad raíz… pero no pudiendo hacer nada para descubrir a Ernestina a través de ellas, regresaron a Bellosur.

Entonces, sin muchas ceremonias abrió la caja, sacó el paquete envuelto en una especie de pañuelo bien atado. Con cuidado, Jaime desató los nudos y al estirar el pañuelo apareció un pequeño paquete envuelto en una tela pequeña y cosido con unas puntadas a otro paquete más

grande y envuelto en una tela muy vieja y muy sucia cosida por todos los costados con muchas puntadas pequeñas, como para impedir que alguien pudiera abrirlo con alguna facilidad.

Jaime comenzó por retirar el paquete pequeño y al desenvolverlo salieron de él un par de aretes de oro y piedras azules muy brillantes, pequeños y nuevos, y una argolla de oro. Jaime besó la argolla y les dijo que era la argolla del matrimonio. Que él tenía otra igual, muy bien guardada. Por la cara interior estaban grabadas las iniciales de ambos y la fecha. Volvió a envolver esas dos joyas y las metió en su bolsillo. Luego pasó a mirar el envoltorio más grande. Varios minutos estuvo en silencio pensando… al fin dijo: ″Vamos a abrirlo. Antes quiero comunicarles lo que se me ocurre que pasó: Resulta que el padre de Martina fue el segundo marido de la madre. Ella era campesina de origen y había tenido un primer matrimonio con un campesino del cual nacieron tres hijas. Ese primer marido murió y dos años después, cuando la menor de las tres hijas tenía cinco o seis años, la mamá de Martina fue cortejada por un segundo señor, quien era un viudo muy rico de la sociedad de clase más elevada de Bellosur. La mamá de Martina tendría unos treinta y cinco años cuando, siendo empleada de la casa del viejo viudo González, empezó a quedarse con él y, aunque sin matrimonio de por medio, con esa relación convertida en algo público, se echó en contra al grupo de familias

amigas de quien había sido la esposa de González, entre ellas la familia de mi padre.

—Por esa razón supongo que, cuando nació mi nina Martina, el viejo decidió dejarle a ella todo lo que tuviera valor y no estuviera bajo el control de la familia de su ex-mujer ni de sus banqueros y abogados. Esas riquezas, sin duda estaban representadas en joyas que él había heredado de su madre y escondido de su familia política, porque de la primera esposa no tuvo hijos. Y esas joyas fueron un regalo para su hija única, Martina, y con ese fin se las debió entregar a la madre de Martina, quien tenía otras tres hijas que quedaban al margen de toda posible herencia del padrastro rico que vivió poco. De hecho, González murió antes de que Martina cumpliera los cinco años.

—La madre de Martina debió recibir este paquete, así como lo vemos, de manos de su marido enfermo de muerte, junto con su voluntad de que lo escondiera hasta que su hija tuviera quince años. Entonces debía dárselo con todo el amor que él sentía por la pequeñita. También creo que la madre de Martina nunca imaginó lo que esas joyas podían valer y sin duda se le escapó alguna palabra que alguien escuchó y comentó a las hijas mayores… y ahí comenzó toda la desgracia que llegó hasta Ernestina, la más inocente de todas. Porque cuando tuvo veinte años, Martina se casó con un buen hombre del campo y fue por esos días que la madre debió entregarle el paquete que su padre le había dejado, aconsejándole que lo escondiera bien y no hablara a nadie de él. Ella debió darse cuenta de

que alguien había dicho algo a sus hermanas mayores pues ellas ya andaban haciendo preguntas sobre la herencia del padrastro…

─Martina debió darle el paquete a Ernestina en los dos últimos días de su vida. La madrugada del día de la muerte de mi nina, Ernestina llegó temblando y vestida de negro, hasta el apartamento en donde yo me quedaba en Eltejón para rogarme con una angustia terrible que me fuera en ese mismo momento y no regresara hasta que hubieran pasado por lo menos ocho días del entierro de su madre. Me lo rogó de tal manera que le prometí cumplirlo. Ella salió enseguida. Eran las seis de la mañana. Mi nina murió ese mismo día a las siete y media. Cuando eso sucedía en Eltejón, yo debía ir ya llegando a Bellosur en donde fui hasta la casa para decir a mi madre que por razones de un negocio urgente yo tenía que viajar ese mismo día a la capital del país. Que apenas se resolviera, volvería, sobre todo por el tema de la salud de mi nina, pero que yo confiaba en que ella mejoraría algo con las nuevas drogas.

─Por lo que Julio me cuenta, mi nina le pidió a su hija que llevara el paquete siempre con ella, tal vez le aconsejó que lo cosiera a su ropa interior. De otra forma el señor Sánchez lo habría visto o imaginado, si ella llevara una cartera, con algo de dinero en ella.

Dicho esto, Jaime dio vuelta al paquete buscando un punto por donde empezar a tratar de romper los hilos. Delia le pasó unas tijeras por si quería romper las costuras y él lo

hizo rápidamente, como si quisiera salir de un sapo, y al final abrió y dejó todo sobre la mesa. Todos miraron admirados unas joyas antiguas sin duda muy valiosas. Jaime expresó:

″─visto nunca. Sin duda el padre de Martina fue un hombre muy, pero muy rico. Mi madre hablaba de eso y de que ese tipo de uniones solo traían desgracias…, refiriéndose a la desigualdad de niveles culturales.

Por eso de la desigualdad fue por lo que decidimos mantener en secreto nuestra relación. No podíamos en las circunstancias del momento hacer público nuestro amor y, mucho menos, nuestro matrimonio, aunque no hubieran existido estas terribles joyas. Era de eso de lo que ella me protegía: de que todos, los del campo y los de la ciudad me odiaran antes de que los dos estuviéramos suficientemente lejos.

─A juzgar por lo que el tonto del Sánchez le dijo, fueron las tías las instigadoras del rapto… qué tal que hubieran sabido que estábamos casados. Me habrían hecho matar sin que les temblara la mano. Por eso no te dijo nada, nada.

─Y, a menos que ustedes deseen algo, que bien pueden tomarlo de una vez, voy a dar estas joyas, excepto la argolla y los aretes que yo mismo los mandé hacer y eran de veras suyos, voy a dar todo lo demás a un joyero amigo de toda mi confianza para que busque clientes y las venda… y qué tal si con ese dinero fundamos una obra

como un orfanato educativo que sea un homenaje a mi niñera Martina y a su hija que amaban mucho a los niños, además reforzada por la circunstancia de que Ernestina te habló de usarlas para un hospicio….

Delia suspiró hondamente y aplaudió. Enseguida dijo: ─¡Qué idea buena, de verdad buena!─. Tulia y Julio la apoyaron plenamente y en eso quedó el gran secreto: No dirían nada a nadie hasta la creación de la obra benéfica y una vez hecha no explicarían nada sobre quién fue Martina ni de dónde salió el dinero. A los cercanos, si fuere muy necesario se les dirá que fue la herencia del abuelo para Ernestina y la voluntad que ella había expresado y que le recomendó a Julio en su lecho de muerte.

Luego Jaime dijo:

─A Juanita, si Julio quiere contarle lo que hemos hablado y visto, puede hacerlo pues por lo que veo, muy pronto ella formará parte de la familia. Pero que lo haga él, de acuerdo con su propio pensamiento. En cuanto al proyecto, podemos realizarlo todo sin mencionar fuentes. Lo importante es que esa riqueza acumulada y guardada sirva un buen objetivo. Mi niñera siempre me decía: ′Cuando tengas miedo habla con tu Ángel Guardián. Él te acompañará′. Creo que una casa para niños huérfanos podría llamarse ″Casa del Ángel Guardián″… Mi Nina querida y su amada hija la mirarán desde el cielo y sabrán que pensamos en ellas y que su sacrificio no fue inútil.

Jaime concluyó diciendo:

─En medio de todo fue una suerte que quien la raptó fuera un inocentón y que no la haya querido desvestir esa noche por respeto al duelo. Detrás de esas joyas habrían muerto varios, incluido el Sánchez mismo.

Luego les pidió que, en relación con los niños conservaran el secreto sobre la existencia de esa herencia y sobre el matrimonio de él con Ernestina. Respecto de la paternidad no habría mayor problema. Lo que la sociedad de su padre no perdonaría jamás, sería un matrimonio con alguien por fuera del círculo. Así que de momento los niños seguirían con el apellido Malagón y él para la gente ajena a ésta, su nueva familia, solamente sería alguien que cumplía una promesa hecha a su niñera de velar por su hija y puesto que no lo logró en el mundo de los vivos, decidió no descansar hasta encontrarla entre los muertos.

Respecto de sí mismo, y como una muestra de gran confianza e intimidad, les dijo que una vez todo lo relativo a las joyas quedara en orden, él desaparecería de la vida pública del país. Variaría un poco su nombre y viviría en Diaclaro o en sus alrededores. Que se sentía en paz al saber que su amada Ernestina había muerto tranquila por el futuro de sus niños y que realizar los sueños de esa mamá sería un trabajo que lo llevaría a ser de nuevo feliz.

Pensó un poco y finalmente, a modo de comentario concluyó:

─De momento, a los niños les voy a contar que yo me llamo realmente Jaime Alberto, lo cual es cierto, pero que

mi mamá se empeñó en decirme siempre solamente Jaime porque así se llamaba mi padre y así me dicen la mayor parte de los conocidos…, pero de aquí en adelante quiero que todos los de esta familia me llamen Alberto. Que lo mejor es que en la escuela ellos digan que por fin llegó su papi que se llama Alberto Torres.

─De mis cuatro hermanos solamente Isabel, la menor de las mujeres me dice siempre Alberto o Albertico. Ella seguramente va a estar feliz de saberse tía de dos gemelos y empezará a buscar la forma y el tiempo para venir a conocerlos.

Finalmente explicó que Torres era el apellido de su madre. Ella había enviudado, así que nadie podría poner problemas por eso.

Siguió el 'Buenas noches' Para todos. Jaime se retiró al cuarto y los tres Malagón respiraron con alivio por el peso que se alejaba de sus mentes. Tulia solamente dijo: ″menos mal no abrimos antes ese paquete″... y sin palabras, nuevamente se comprometieron con un gesto de apretar los labios, a guardar absoluto silencio al respecto.

Jaime Alberto cuenta su historia

El día siguiente Tulia salió de mañana para el mercado y Julio dejó concertado con Delia lo del desayuno. Él iba a trabajar solamente unas tres horas y regresaría. De camino pediría a Juanita que fuera a acompañar a su hermana. Ella, sin duda colaboraría con mucho gusto.

Juanita estuvo muy dispuesta y salió casi enseguida. Julio le habló dos minutos para agradecerle su intervención del día anterior que había resultado providencial… ahora todos estaban muy sorprendidos por los hechos y muy contentos por la decisión del señor Torres de quedarse un tiempo de visita en Diaclaro. Ese señor, aunque triste por la muerte de la bella señora, sentía renacer sus ánimos para continuar viviendo después de conocer y recibir muy emocionado el legado y la tarea para toda la vida que ella le había dejado.

─¿Torres?─, preguntó Juanita.

─Sí. Es el apellido de la madre y él dice que en adelante será el que use. Así que no hables de 'Linero', si lo escuchaste, contestó Julio.

─Algo así, pero no me acordaba. Mejor lo olvido de una vez─, dijo Juanita sonriendo.

Julio le dio un beso y añadió:

─me hace muy feliz tenerte─ y, sin más siguió para el trabajo.

Juanita llegó a la casa Malagón y se encontró a Delia ayudada por el señor Torres, en la tarea de arreglar a los niños. Delia le dijo que Julio había dejado listo lo de preparar el desayuno, que si ella quería, era libre de emprenderla con esa tarea y Juanita sin dudarlo se metió en la cocina mientras pensaba que ese par podrían quizás... pero reaccionó contra su costumbre de arreglar parejas antes de saber si existían posibilidades, y comenzó la preparación de un desayuno muy a la campesina, con caldo de papas, huevos, chocolate y pan.

Desayunaron los cinco presentes. La conversación fue muy animada. El padre les contó a sus niños lo de sus dos nombres y les dijo que ahora había resuelto usar el segundo nombre para que ese fuera siempre el que todos los de Diaclaro conocieran. Luego explicó brevemente a Juanita y a Delia que por el momento no habría cambios en el apellido de los niños. Había pensado mucho durante la noche y había llegado a la conclusión de que lo mejor era esperar un tiempo hasta que sus hijos pudieran comprender la situación exacta. Entonces ellos mismos tomarían parte consciente en la decisión.

Hacia el mediodía llegaron Tulia y Julio. Alberto expresó el deseo de vivir en una casa independiente pero lo más cercana posible a la familia o, si a todos les parecía bien, podrían buscar una casa grande para todos, que tuviera un apartamento separado para él, de forma que pudieran vivir bajo un mismo techo y para todos fuera más fácil conocerse mejor y compartir actividades, pero sin crear

dependencias ni perturbar demasiado las rutinas habituales.

La segunda propuesta fue muy bien recibida. Juanita se ofreció a quedarse con los niños para que los otros adultos salieran a buscar esa casa. Delia dijo que ella se quedaría con Juanita. Que le era suficiente saber que su madre y su hermano estaban de acuerdo en la elección para aceptarla con los ojos cerrados. Alberto agradeció a las jóvenes su voluntad y ayuda. Así los tres mayores salieron a preguntar por casas disponibles y comenzaron a caminar mirando opciones.

Las dos jóvenes se habían convertido en verdaderas amigas. Su trato era el que tendrían dos hermanas muy unidas, partiendo de la base de que Julio y Juanita eran novios y pensaban formar un hogar en cuanto él lograra buena estabilidad en su trabajo de constructor. Mientras los niños jugaban a construir casas con maderitas, ellas hablaron.

─Oye, Delia, qué piensas tú de Alberto, el padre de los niños?─, preguntó Juanita.

Delia suspiró y contestó: ─No pienses mal de mí, pero yo quisiera haber tenido un padre como él. Así de educado, de amable con todos y con esa sonrisa tan... tan bondadosa, aunque un tris pícara

Juanita se sorprendió con el último calificativo y riendo preguntó a su amiga: ─¿Cómo es eso de pícara?

─Pues que me mira a veces como si yo entendiera que algo que él dice muy serio a los niños, es un chiste en el que él y yo estamos de acuerdo. Y, ¿sabes?, eso me gusta. Es como una conversación sin palabras entre él y yo.

─Pues a mí me agrada mucho ese señor─, contestó Juanita y añadió: ─Es de veras buena persona y es honesto.

─¿Por qué hablas de honesto?, ¿a qué te refieres? preguntó Delia

─Pues me refiero a que el señor Alberto no trata de engañar a nadie. Puede que no nos diga todo lo que pasa por su cabeza, pero lo que manifiesta es verdad: su interés por los niños, su interés por ustedes tres y su amabilidad conmigo. El haberme creído el día que lo busqué sin conocerlo, siguiendo lo que decía el periódico. No se mostró desconfiado ni manifestó ningún sentimiento que no fuera de verdad suyo... Alguien que desde el primer momento me inspiró confianza. Eso es lo que yo llamo una persona honesta.

Delia sonrió y contestó a su amiga: ─Pues yo siento lo mismo. Siento que es alguien en quien se puede creer. Me alegra muchísimo que sea el papá de los niños y que quiera vivir por aquí cerca...

Ahí terminó la conversación porque los niños mostraron que iba siendo hora de comer algo y dormir. Preguntaron si su papá iba a dormir esa noche también en la cama del tío Julio. Delia les dijo que tal vez no, pero que seguro

vendría a desearles buenas noches y que al día siguiente se verían y jugarían al fútbol.

Prepararon la comida para los chicos y luego los llevaron a asearse y ponerse pijamas. Ellos se metieron en la cama y las dos niñeras les leyeron entre las dos el cuento del Gato con Botas. Eso los hizo reír mucho porque las lectoras hacían voces y exageraban la historia y también se saltaban los trozos muy terribles e inventaban otras aventuras.

Cuando llegaron los tres buscadores de vivienda, los chicos dormían y las jóvenes acompañaron a los dos hombres a mirarlos. Alberto puso un balón nuevo frente a las camitas de modo que al despertar lo vieran. Se agachó para poner cariñosamente su mano sobre la frente de cada niño y salió en puntillas.

Tulia organizó rápidamente una cena fría. Julio les contó de la casa que habían negociado. Era muy bonita y tenía dos apartamentos para arrendar por aparte. Alberto tomó uno de esos y Julio el otro aunque de manera provisional por si Juanita no estuviera de acuerdo. En tal caso lo podría entregar al día siguiente.

Julio aprovechó el momento para pedir a su novia que aceptara casarse con él. Juanita contestó que sí y que por favor no devolviera ese apartamento. Alberto, Tulia y Delia aplaudieron sonrientes y los abrazaron por turnos.

Tulia, aún sonriente por la promesa matrimonial de su hijo, pidió a Alberto les contara un poco acerca de cómo había vivido él todos esos años.

Entonces Alberto les explicó cuáles eran las relaciones con su familia y con la sociedad en Bellosur.

Comenzó por contarles que su padre había muerto hacía tres años. Estuvo enfermo muy poco tiempo después de un primer infarto. Él, su hijo mayor, alcanzó a llegar y estuvo dos semanas con ellos y habló con su padre y le prometió que viviría siempre con honestidad. No le dijo nada en cuanto a ser fiel a las costumbres y tradiciones del grupo social, pero estaban reconciliados y en buenos términos cuando se precipitó el segundo infarto que el padre convaleciente no resistió. El hijo mayor permaneció un mes completo acompañando a su madre y a sus hermanos. Después volvió a sus viajes para encontrar a la hija de 'su Nina', ya no en el mundo de los vivos, sino entre las listas de mujeres de nombre Ernestina que hubieran muerto en el país desde la fecha del entierro de Martina. Así había llegado a Aguafría casi seis años después de comenzada la búsqueda y doce desde la desaparición de Ernestina.

Luego regresó en el relato, a los días inmediatamente siguientes a la muerte de Martina y a su viaje repentino y quiso repetir la historia:

Cuando Jaime Alberto regresó de la capital, su madre le informó de la muerte de su Nina y quiso acompañarlo para dar el pésame a sus hermanas y a su hija.

Los dos se encontraron con que Ernestina estaba desaparecida y las tías, hermanas de ′su Nina′, como él le decía a Martina desde muy chico, deshacían completamente la casa de campo en donde madre e hija habían vivido, alegando que buscaban la herencia que su hermana se había robado, como si fuera para ella sola, siendo que era el legado de la madre de todas, y que esa sobrina no perdió tiempo en volver a la casa, sino que esa misma noche después de enterrada la madre, se había ido con un amante quién sabe para dónde. Ellas sí habían vuelto por lo que era de ellas, desde la propiedad de la tierra y de la casa y las otras cosas que ellas sabían que la madre de todas ellas había entregado a Martina, la menor y más consentida. Por suerte la tonta hija de Martina no sabía nada de esas riquezas y ellas las encontrarían aunque tuvieran que tumbar la casa.

Después de alejarse de la casa que había sido de Martina, Jaime habló con su madre de sus pensamientos sobre la absoluta honestidad de su Nina y le preguntó si lo que dijeron las tías podría tener algo de cierto. Ella solamente respondió que a ′esas mujeres′ no se les podía creer nada. Entonces él decidió preguntar en la oficina gubernamental lo de la propiedad de la tierra y, por lo demás, no tenía otra opción que esperar un tiempo prudencial para ver si Ernestina aparecía buena y salva o daba señales de vida bajo condiciones de violencia o sufrimiento para tratar de rescatarla, o si estaba feliz, entonces aceptar el alejamiento

y dedicarse a los negocios, sin miras a compromisos matrimoniales, y así lo comunicó a su madre.

Pronto supo que la tierra y lo que quedaba de la casa de Martina ya no estaban en manos de esas mujeres que se autoproclamaron dueñas, sino que había sido entregada de forma provisional a un hermano del suegro de Martina, quien era el pariente más próximo por el lado Carreño, puesto que la finca había sido dejada en testamento por el suegro para su hijo, su esposa y su nieta.

Alberto comentó a sus amigos que eso de que Ernestina no sabía nada de una herencia, debió ser cierto hasta la víspera de la muerte de Martina y ese el motivo por el cual Ernestina llegó angustiadísima al apartamento que él arrendaba en Eltejón, para pedirle con lágrimas que saliera de inmediato del pueblo y se fuera lejos y no regresara sino ocho días después del entierro. Él la vio tan angustiada que le prometió hacerlo y de una vez comenzó a recoger las mínimas cosas que llevaría y salió de viaje para la capital del país, pasando antes por la casa de su madre en Bellosur para decirle que tenía urgencia de hablar de un negocio y que tardaría por ahí una semana en regresar.

Al despedirse, Jaime Alberto había recomendado a su madre que no se preocupara por él ni hablara de ese viaje con su padre. Porque el padre estaba disgustado por el poco trato y menor interés de su hijo mayor por las hijas casaderas de las grandes familias de esa sociedad,

especialmente por haber dejado pasar la oportunidad de un enlace que prometía todo lo bueno que un hombre puede desear.

Lo malo es que él, el mayor de los hijos Linero, sin dejarlo conocer de ninguna otra persona, se había enamorado locamente de Ernestina, la hija de una campesina, y no podía ni nombrarla a riesgo de que su padre se oliera el enamoramiento y lo obligara con los métodos más contundentes a contraer un matrimonio por lo alto. La madre, sin duda se imaginaba algo en los sentimientos de su hijo pero no decía ni una palabra. Tampoco lo animaba a seguir los consejos que eran casi órdenes de su padre, sino que se mostraba comprensiva y apoyaba el que no debían forzarlo a un matrimonio si él no lo deseaba. Nada más. Esas pocas intervenciones a su favor, hacían que él sintiera a su madre casi como una cómplice, aunque totalmente ignorante del asunto y deseaba protegerla a ella de los furores del esposo en el caso de que llegara a intuir alguna mínima tolerancia hacia actuaciones del hijo rebelde por fuera de las normas establecidas para sostener el nivel en el cual vivían.

Así que Jaime Alberto esperó seis meses. Entonces habló con su madre anunciándole que pensaba buscar activamente a Ernestina. Era la hija de su nana, a quien él debía mucho en la vida. Lo menos que debía hacer era comenzar a buscar el paradero de esa joven. Lo sentía como un deber de gratitud y de honorabilidad con la memoria de Martina. Y comenzó a escribir cartas a todas

las personas que pudo averiguar que habían conocido a Ernestina: sus maestras, sus compañeras de escuela, los pocos familiares Carreño que pudo encontrar. El señor Linero, padre, enterado del plan de su hijo no se opuso porque era cuestión de honor y de nobleza. Pero cuando hubo pasado un año, él mismo pensó que de pronto el hijo de Martina, el que se había ido al mar fue el que se la llevó para cuidarla en otro país… Una esperanza casi imposible. En los más de diez años de la salida para trabajar en un barco, ni una nota había llegado de Albeiro… cómo pudo suceder que llegara y se llevara a su hermana el mismo día del entierro de la madre de ambos, sin que nadie lo viera? Eso no se podía creer. Entonces Jaime preguntó a sus amigos abogados cuánto tiempo debía pasar antes de dar por ′muerta′ a una persona desaparecida. Ellos le dijeron que usualmente se esperaba cinco años, pero que si la persona seguía viva y regresaba, pues se le devolvería lo que estuviera disponible de lo heredado…

Aunque no era cosa de heredades sino de saber de ella, Jaime decidió esperar a que se completaran cinco años desde la desaparición de Ernestina, para comenzar a buscar su nombre entre las personas muertas durante todo ese tiempo… Así fue el comienzo de estas pesquisas que llevaban ya casi seis años de iniciadas… hasta que llegó a Aguafría, la semana anterior, en busca de informes sobre la señora Ernestina Sánchez…

Planear el futuro inmediato

Después del recuento de hechos y situaciones, Jaime Alberto pidió a todos que en adelante lo llamaran siempre Alberto. Enseguida dijo que había tomado un cuarto de hotel a nombre de Alberto Torres, por el tiempo que tardaran en pasarse a la casa, pero que al día siguiente muy de mañana estaría listo para saludar a los jóvenes que dormían y colaborar en cuanto pudiera.

A Julio le dijo que era un asunto que debía hacerse pronto, que él, Alberto hablara con su madre y su hermana menor directamente. De lo contrario ellas comenzarían a preocuparse. Así que les pondría un telegrama avisando que llegaría en cinco o seis días. Luego agregó que quería que Julio lo acompañara. Que fuera pensando, sin sentirse presionado a nada. Por la mañana hablarían. Si quería, él podría ir a buscarlo en el trabajo para conversar unos veinte minutos. Quedaron en que las diez de la mañana sería una buena hora. Luego Julio acompañó a Juanita a su casa y se despidieron todos.

Alberto llegó antes de que Julio saliera para el trabajo. Julio le dijo que Juanita estaba en conocimiento de todo, incluida la existencia de las joyas y del matrimonio de Ernestina… y firmemente comprometida a que de esos temas nadie hablaría nada, salvo cuando en una reunión de ellos fuera necesario. Alberto propuso rápidamente:

Primero poner a su madre Eloísa Torres en conocimiento de todos los hechos. Ella conocía sobre el terreno, las

consecuencias de cualquier acción con artículos antiguos y podría aconsejarlos con acierto, por supuesto en confidencia. Ella no entraría en la constitución de la Sociedad para el objetivo del uso de los recursos, ni aparecería públicamente en los muchos pasos, reuniones y requisitos que tal asunto exigiría.

Segundo: hablar con un abogado de confianza sobre la venta de las joyas y el proyecto del uso del dinero. También sobre utilizar sus segundos nombre y apellido en todos esos trámites.

Tercero: buscar con el abogado al joyero que las pondría en venta de la forma usual para ese tipo de objetos.

Cuarto: Tratar de gestionar la creación de la sociedad directamente en Diaclaro.

En dos días de consultas Alberto pensaba tener respuestas e indicaciones suficientes y entonces regresarían a Diaclaro para poner en marcha el proyecto.

Los Malagón lo escucharon y estuvieron de acuerdo. Alberto explicó que el hecho de ir con Julio era importante para que el abogado pudiera preguntar sobre todos los detalles, circunstancias y actuaciones de unos y de otros, durante todo el tiempo transcurrido desde que Ernestina llegó al campo de Aguafría con el hombre Sánchez hasta la salida de Julio con los niños y posterior muerte de ella.

Finalmente dijo a Delia que quería hablar con ella de las finanzas de la familia para que no quedara ningún aspecto descubierto durante el tiempo de su ausencia y la de Julio.

En ese momento Tulia y Julio salieron para sus trabajos, Delia y Alberto entraron al cuarto donde los chicos ya jugaban con el balón nuevo y Juanita llegó para colaborar con el desayuno.

Los niños no necesitaron ayuda para vestirse rápidamente y empezar a jugar. Entonces Alberto preguntó a Delia si tenía un cálculo de gastos semanal. Ella le enseñó su cuaderno del diario del negocio de su madre y una libreta en donde anotaba lo de la casa. Lo que aportaba Julio, lo que Tulia traía en especie y lo que era comprado. Así Alberto tuvo rápidamente una visión de las finanzas familiares y del buen sentido y orden de los apuntes.

Delia le contó lo que iba aprendiendo con ayuda de un señor que llevaba varias contabilidades en el mercado y expresó que ella deseaba aprender mucho más para hacer de ese oficio su profesión al término de la Secundaria, de la cual solamente le faltaba el resto de ese año que iba corriendo.

Alberto le dijo que la Sociedad que pensaban constituir necesitaba una persona hábil para la contabilidad y que si ella tenía una amiga de confianza que pudiera ayudar en la casa por un salario justo que acordaran, de modo que Delia pudiera dedicar el mayor tiempo posible a aprender el asunto de esas cuentas, sería ganancia para todos.

Ella se emocionó con la idea, Alberto la miró sonriente y muy animado mientras Delia expresaba que iba a hablarle a una amiga y que si ella podía hacer lo de ayudar en la casa, la traería para que hablara con él.

Alberto fue a buscar a Julio y conversaron solo diez minutos para reforzar lo ya decidido en la casa y hablarle de la contratación de una ayudante para que Delia pudiera progresar rápidamente en su aprendizaje como contable. Julio aceptó agradecido.

Después del almuerzo, teniendo todo el viaje planeado, fueron a mirar la casa que les sería entregada el día siguiente. Antes de pasarse era necesario limpiar y establecer los lugares de las cosas importantes. Ese mismo día debían ir con el dueño de la casa actual para decirle que se la entregarían y acordar la fecha y los pagos finales.

La chica amiga, Mercedes, llegó esa misma tarde con Delia. Tulia le habló del trabajo que se esperaba que ella hiciera. Mercedes dijo que podía venir todo el día porque no tenía ningún trabajo pendiente y que podía empezar el día siguiente.

Acordaron que su horario sería, entrada a las siete de la mañana y salida a las cuatro de la tarde. El pago que Tulia le propuso fue aceptado sin objeciones. De inmediato empezó por trabajos de preparación para el trasteo, que incluían limpieza de pisos y paredes de la nueva vivienda y empacado correcto de las cosas pequeñas de la cocina y de la ropa de los chicos. En dos días todo estuvo listo.

Alberto dejó en manos de Delia varios cheques bancarios para que ella se hiciera cargo y no tuviera que movilizar demasiado dinero en efectivo. Con Julio contrataron una camioneta que les transportara los enseres y muebles y en un solo día estuvieron todas las cosas en la nueva casa. Cerraron bien la anterior para que Mercedes se dedicara a ayudar en el acomodo de la nueva. Después se tomarían los días que fueran necesarios para limpiar y entregar la casa que dejaban, en el mejor estado posible.

El sábado Alberto y Julio salieron para Bellosur con la promesa de regresar en cuanto tuvieran los planes bien determinados. Muy posiblemente al cabo de una semana.

El lunes Juanita y los niños regresaron a la escuela y Delia a su Secundaria, con horario solamente en las mañanas. Todas las tardes iría a la oficina de su maestro contador para aprender y practicar esas continuas variaciones de las entradas y salidas y balances e inventarios de una empresa grande. Tulia dejaba a Mercedes bien señaladas las cosas especiales y los ingredientes para que preparara un almuerzo para ellas tres y los niños. Cuando Juanita tenía la posibilidad de hacerlo, llegaba a colaborar y compartir ese rato del mediodía con Tulia, Delia y Mercedes y después regresaba con los chicos a la escuela para las clases de la tarde.

Mercedes organizó la mayor parte de los enseres, puso la ropa de los niños en el estante del cuarto ocupado por ellos, limpió los pisos y lo que no sabía en dónde guardar

lo dejaba listo sobre las sillas y las mesas. El jueves y el viernes, los niños tenían tarde libre y todos menos Delia fueron a la casa que ocupaban antes, para barrer, limpiar y trapear. Así, Julio podría entregarla al dueño en cuanto regresaran de Bellosur.

La madre y el hijo

El señor Linero, padre, tuvo la satisfacción de dejar a su hija mayor y a sus dos hijos menores convenientemente casados y desempañándose como era de esperarse en la buena sociedad. Solamente Jaime Alberto, su hijo mayor e Isabel la menor de las hijas, quedaban solteros y así continuaban después de tres años de la partida del padre.

Alberto y Julio llegaron a Bellosur a media tarde. Alberto propuso ir de una vez hasta la casa de su madre. Por prudencia, estando frente a la casa, Alberto dijo a Julio que esperara diez minutos y si él no había salido, llamara a la puerta. Si él le mandaba decir que lo esperara en el hotel, significaría que alguno de sus hermanos estaba de visita y era mejor evitar esos encuentros. Así que, en tal caso, fuera al hotel acordado y ahí lo esperara. De lo contrario si le mandaba decir o desde adentro le decía en voz alta que entrara, lo hiciera sin problemas.

El caso fue que el mismo Alberto salió a los cinco minutos para hacerlo entrar. Julio saludó con su sencillez habitual a la señora respetable que se acercó con Alberto. Ella sonriente lo hizo seguir.

En una sala no muy grande, se sentaron lo tres. En ese mínimo tiempo que había pasado antes de la entrada de Julio, Alberto había contado a su madre lo más importante de su encuentro y, después de confesar expresamente su amor por Ernestina y el matrimonio secreto de ellos, pasó a decirle que encontró un legado de ella, guardado y cuidado con muchos sufrimientos y sacrificios y realizado finalmente a través del amigo que lo acompañaba, quien se llamaba Julio Malagón. Alberto quería que fuera Julio quien le explicara cuál fue el legado de Ernestina. Con un gesto le hizo entender a Julio que se trataba de los niños.

Entonces Julio contó cómo habían sucedido las cosas, desde el día en que su padre los echó de la casa a él, a su madre y a su hermanita, hasta el día en que, dejando a Ernestina en sus últimos momentos él huyó con dos niños gemelos que, evidentemente no eran hijos de Pedro Sánchez, su padre, aunque él, Julio no lo supo claramente sino cuando vio a Alberto y reconoció en sus ojos, los ojos de los niños que Ernestina amaba tanto.

Eloísa saltó de su silla para preguntar: ″¿me estás diciendo que Ernestina tuvo gemelos y que son hijos de mi hijo?… ¿que son mis nietos?″

″Sí, señora. Sin la menor duda. Cuando usted los vea, cualquier duda que pueda tener se borrará para siempre. Esos niños están por cumplir doce años… Como les cambiamos las edades y los vestimos para que no parecieran gemelos, ya me equivoco de la fecha exacta del

nacimiento, pero es fácil, porque sin duda el registro de la partera existe y ahí los buscaremos con usted misma, si viene con nosotros.

Eloísa Torres lloró y abrazó a su hijo y también a Julio mientras le decía: ″¡Gracias, gracias!″

Alberto continuó con el relato de su encuentro con la maestra de los niños que es la novia de Julio, y con todo lo acordado entre ellos, hasta llegar al tema del ′paquete de Martina′ y de todo el proceso para sacarlo y de las recomendaciones de Ernestina de que no lo abriera si no era necesario hasta que tuviera la señal de que tenía que hacerlo, todo esto relatado por Julio…

Enseguida habló del acuerdo solemne de silencio de los cinco adultos en Diaclaro, respecto del matrimonio de Ernestina con él y de la existencia de las joyas, y de exponerles a ellos la necesidad de viajar a Bellosur para contarle a ella toda la historia, pedirle su consejo, y poner manos a la obra. Entonces Alberto preguntó a su madre si había alguna persona de servicio que pudiera oírlos porque no deseaban que eso sucediera. Ella dijo que no. Que salvo Isabel, quien estaba en la costa, de visita en casa de su otra hija, nadie más que ella se quedaba en la casa. Con esta respuesta el hijo sacó el pañuelo en el cual había envuelto las joyas de Martina.

Eloísa se llevó la mano a la boca abierta…

─Esas son las joyas perdidas que lucía ″Doña Gertrudis″, la abuela del viejo González, el padre de Martina, no hay duda─, dijo asombrada.

─Pues, madre, ya que no morimos por obra de esas joyas, hagamos algo útil con ellas. ¿Cómo se te ocurre que se harían mejor las cosas? dijo Alberto quien ya había confirmado que Ernestina habló de hospicio para los niños…

─Realmente no creo que nadie se oponga. No son joyas robadas sino legalmente regaladas por su legítimo dueño a su nieta. Y es por ese único lado por donde podemos convertirlas legalmente en dinero para la obra del hospicio. Podríamos decir que los niños de Ernestina son hijos tuyos, pero esa declaración, no es útil para nada. Dejemos ese secreto en familia. Lo que de ninguna manera se debe mencionar, ni siquiera a Isabel, es lo relativo a tu matrimonio. Nos comerían los periódicos y los chismes, y no se podría realizar la obra. Pienso que debemos hablar con el abogado de lo que Julio recibió de Ernestina, exactamente como ella lo dijo, sin mencionar quién fue el padre de los niños. Incluso que crean que esos niños son hermanos tuyos, Julio, siendo quien eres, eso no les hace mal y queda perfectamente claro tu motivo de evitar a tus hermanos una suerte como la tuya… De todos modos, Alberto los reconocerá o los adoptará cuando ellos comprendan y lo deseen, o se quedarán Malagón que no les hace ningún daño ni los hace menos nietos míos.

Julio estaba admirado de la sabiduría de esa mujer. Ella de veras pensaba así. Se sintió emocionado de estar en ese sitio y de escucharla hablar con tanta seguridad y de verla tan feliz por dos nietos que la esperaban en alguna parte.

—Además yo puedo hablar de mi conocimiento de Martina, de su honradez, de la envidia de sus hermanas y del espectáculo que encontramos cuando fuimos a darles el pésame a ellas y encontramos que Ernestina había desaparecido… Eso me da cierto derecho de hablar a favor de la obra que ustedes quieren construir para bien de muchos niños...

Entonces, Eloísa pidió a Alberto que buscara en la cocina algo para que comieran ellos, porque ella ya había comido temprano, antes de que saliera la empleada. Mientras él buscaba, ella hablaría con Julio de él y de su madre y de su novia y de su hermana. Quería conocerlas y ser amiga de todas tres.

Esa noche los viajeros durmieron profundamente y la madre se sentía completamente realizada de saberse abuela de dos bellos niños de doce años… Sus hijos casados aún no habían recibido ningún bebé que alegrara sus años viejos.

En la mañana, Alberto fue temprano en busca de su amigo abogado para pedirle que lo acompañara a la casa pues tenían un asunto muy especial que resolver y deseaban su ayuda y colaboración.

La charla duró más de dos horas. El abogado interrogó largamente a Julio, pidió nombres de otras personas que pudieran identificarlo, puso por escrito notas con las declaraciones del joven para hacerlas pasar a máquina y dárselas para que las firmara. También tomó el nombre y la edad de su madre, y quiso saber en dónde radicaban las partidas de bautismo de ellos. Igualmente la de Ernestina y la partida de defunción y si fuera posible algo del discurso de esas tías malintencionadas…, pero estaba seguro de que el proyecto era completamente legal. Necesitaban llamar a un joyero experto para escuchar su opinión. El abogado mismo se comprometió a volver en la tarde con un viejo joyero, amigo de muchos años. Posiblemente él podría identificar algunas de esas piezas.

Después del almuerzo Alberto buscó algunas cosas de Ernestina que él había recuperado cuando estuvo interrogando a todos los que la conocían. En particular sus útiles de geometría y dos cuadernos de estudios para ser maestra. También encontró una partida de bautismo de ella junto con una suya, ambas obtenidas para el matrimonio, pues las pidió por duplicado pero solo se usó un ejemplar, así que añadió la de ella a lo que la maestra le entregó y todo se lo presentó al abogado cuando volvió con el joyero. El abogado tomó enseguida la partida de bautismo y la adjuntó al expediente y la tachó de la lista de documentos por conseguir. También uno de los cuadernos en los cuales por alguna razón ella había puesto una firma al pie de un escrito referido a algún tema que faltaba

estudiar… Alberto le enseñó su propia partida de bautismo y le consultó sobre usar en el proyecto de Diaclaro su segundo nombre y el apellido de su madre. No quería que sus hermanos se sintieran forzados a involucrarse al leer el apellido ′Linero′ en algún informe o noticia referente al proyecto de un hospicio. El abogado no vio ningún problema pues cada uno es dueño de sus nombres y puede elegir entre ellos el que más le convenga siempre y cuando lo que se firme no sea contra la ley o el bienestar de la comunidad.

El joyero, mientras Alberto y el abogado miraban los papeles, observaba con detenimiento y admiración las joyas y comentaba a Eloísa y a Julio sobre ellas.

Al final dijo que estaba seguro de venderlas y estimó unos precios casi dobles de los que Alberto había previsto. Les dijo que era necesario hacer la vuelta ante un Notario y que él, como experto oficialmente reconocido, les ofrecía firmar dando fe de la antigüedad y finura y estimando un precio mínimo para cada una, antes de que la joyería entrara en el proceso de la venta.

Así que el día siguiente debían estar todos los presentes con las joyas, en el despacho del Notario, a las 11 de la mañana.

El banco fue avisado de que en la cuenta de Jaime Alberto Linero Torres se consignaría el valor de la venta de cada elemento del lote de 12 artículos detallados en el documento, con la descripción correspondiente y se

enviaría una nota al titular de la cuenta. Así hasta que se terminara la venta de las joyas. El Notario sería avisado de cada venta y lo anotaría al pie del documento de recepción de las joyas por parte de la Joyería.

Respecto a la creación de la Sociedad, el abogado les recomendó a un colega y amigo suyo que vivía en Altoverde y que sin duda tendría mucho gusto de asesorarlos con el proyecto de Diaclaro.

Julio Malagón, como representante del grupo impulsor del proyecto, recibió la copia del documento del Notario en la cual constaban todos los acuerdos respecto de las joyas que se entregaban a la joyería indicada por el experto, en la ciudad de Bellosur, para ser vendidas según las pautas establecidas en el mismo documento.

Eloísa, su hijo y Julio regresaron satisfechos a la casa. Solamente les faltaba establecer la fecha del viaje, porque la madre estaba decidida a irse con ellos. Estaría tres días en Diaclaro y regresaría antes de la llegada de Isabel. Después se vería cómo establecer períodos regulares de visitas mutuas.

Resolvieron descansar un día completo y madrugar al siguiente rumbo a Diaclaro. De todos modos Eloísa puso un telegrama a sus hijas informando de una visita que ella haría a Jaime Alberto quien debía demorarse un tiempo largo en Diaclaro, por razones de un trabajo interesante en esa ciudad.

La Sociedad ″Amigos de los niños″

Antes de dejar Bellosur, Alberto consiguió alguna literatura sobre organizaciones benéficas y los procedimientos para iniciarlas y las leyes que las regían, con el fin de que todos las leyeran y preguntaran al respecto, mientras pensaban en los artículos de un reglamento inicial, necesario para la constitución legal de la sociedad.

Alberto y Julio llegaron a la casa y golpearon. Enseguida se escuchó el alboroto de los niños y a Delia que los calmaba y se acercaba para abrir. Eloísa estaba detrás con el deseo de verlos antes de ser vista por ellos.

Julio abrazó a su hermana y le dijo al oído, ′La señora Eloísa, la madre de Alberto′, mientras Alberto era acaparado totalmente por Mario y Tomás que lo abrazaban y querían que de inmediato jugaran al fútbol. Delia se acercó por detrás del barullo y sonriendo ofreció su brazo a la señora para que entrara completamente a la casa. Julio dio dos pasos para cerrar la puerta y sonriendo caminó hacia la sala. Entonces Alberto dijo a sus niños: Mis chicos preferidos, les traje el mejor regalo del mundo: ″Una abuelita que los quiere mucho″. Ellos se quedaron quietos y miraron a Eloísa. Ella les sonreía con los ojos nublados por lágrimas de emoción. Julio les hizo señal de que la abrazaran y ellos lo hicieron con todo el entusiasmo de su edad.

Rápidamente estaban hablando de la abuelita de Caperucita que era el único entorno que conocían para una abuelita y por ahí llegaron a cuentos de bosques y de lobos y de hacer mandados y de ayudar y de obedecer… y, movidos por el aspecto especial de esa señora, se sentaron de inmediato en el piso de la sala para verla y saber cómo hablaba y si les contaría un cuento. Y, claro que ella les contó un cuento de un niño muy especial que aparece en la Historia Patria y que se llamó Antonio Nariño, cuento adornado con retazos de infancia desconocidos posiblemente para todos, todos, pero muy bien hilados y edificantes.

En medio de tan animada reunión, hizo su entrada la dueña de la casa: la mamá Tulia apareció con su canasta de verduras y frutas frescas. Eloísa inmediatamente se puso de pie y se acercó para saludarla y presentarse. Julio y Alberto recibieron las provisiones y esas mujeres se tomaron mutuamente las dos manos y sonrieron muy emocionadas. Luego, sin palabras, se sentaron una al lado de la otra. Julio se acercó a dar un beso a su madre y le dijo que iba por Juanita. Enseguida salió. Delia salió de la cocina con limonada para todos. Tomás le dijo que él le llevaría la de la abuelita. Mario tomó otra y la ofreció a Tulia. Delia entregó a cada niño su vaso, ofreció otro a Alberto y tomó el suyo mientras dejaba con cuidado la bandeja con dos vasos restantes sobre la mesa. Ambos se sentaron en el sillón de dos puestos.

″Tu madre es muy hermosa″, dijo Delia a Alberto.

″La tuya no se queda atrás″, respondió Alberto.

Los dos sonrieron y Alberto rozó suavemente la mano de Delia que tenía cerca. Ella se estremeció. Se miraron solamente un instante, pero las madres alcanzaron a percibir la onda que brotó entre ellos…, prudentemente ellas miraron hacia lados opuestos y la charla de los niños retomó vuelo. Ambos querían contar cosas a la nueva abuelita, y también a la mamá Tulia.

─Pues si yo pudiera, mandaría que cerraran mi casa y me quedaría a vivir aquí─, dijo Eloísa a Tulia.

─Pues muchas gracias por ese deseo que siento como un elogio. Realmente aquí vivimos en paz y todos trabajamos para que las cosas marchen. Tal vez ése es el mejor estado de una familia. Que todos tengan un trabajo para hacer y lo hagan─… contestó Tulia.

Luego de pensar un momento Tulia reaccionó como si hubiera olvidado algo muy importante:

─Pero, ¡claro que se puede quedar!. Esta casa es grande. Con su hijo la buscamos y hace solo una semana que nos pasamos a vivir aquí. Además de esta parte central, tiene dos apartamentos pequeños: en uno de ellos se instaló Alberto y el otro lo tomó Julio que piensa casarse pronto─… mirando hacia la puerta completó: ─ellos no deben tardar.

Con su lenguaje de frases cortas y simples, terminó su tema del tamaño de la casa:

─Ah..., y cuando se case mi hijo, va a sobrar un cuarto aquí, que puede perfectamente ser el suyo

Eloísa pensaba en la gran razón de la conclusión de Tulia: Un cuarto disponible es suficiente para una persona que está sola. 'Todo un tema de meditación...' se dijo. Luego habló a su nueva amiga de su hija Isabel que continuaba soltera, de sus hijos casados y las preocupaciones que a veces le entraba al pensar en ellos… , de Jaime Alberto que le dio tantos dolores de cabeza al padre, pero que en fin de cuentas, era el que más logros reales podía mostrar… ese empeño de buscar a la hija de su niñera, viva o muerta… pueblo por pueblo… hasta que dio con la respuesta correcta y encontró un verdadero sentido para su vida: esos hijos tan bellos, que de no ser por Julio y por ellas dos que los tomaron como suyos, tal vez habrían muerto o serían unos niños sin nada de educación, ganándose un pan por algún mandado…

─Pienso y me atemorizo de solo pensar─… dijo para terminar.

─No deje que esos pensamientos la entristezcan. Simplemente así no fueron las cosas y muy posiblemente usted, su amor por su hijo, sus oraciones, su manera de pensar sobre lo que es importante, … todo eso se combinó para que mi Julio lograra escapar con ellos en el momento preciso─, expresó Tulia con total certeza de que así sucedían las cosas.

Delia se acercó a su madre para hablarle de la cena. Eloísa la escuchó y quiso ir con ellas a la cocina. Entre las tres tendrían que salir con algo. Ellas iban para la cocina cuando llegaron Julio y Juanita. Otro alboroto de los niños que querían que su maestra conociera a la abuelita que el papi les había traído de su viaje.

Finalmente los dos señores y los chicos, el ala masculina de la familia, se quedaron charlando y jugando en el patio y las cuatro mujeres, la contraparte femenina, tomaron trinchera en la cocina.

Media hora después hubo cena para todos. Un rato de sobremesa con los pequeños en el centro y finalmente llegó la tranquilidad cuando se durmieron los alborotados y los demás decidieron demorarse un tiempo a ver si encontraban el nombre apropiado para la Sociedad que estaban en plan de crear.

Comenzaron por descartar nombres de personas, así que ni Martina González, ni Ernestina Carreño, pero sí deseaban algo relativo al tema de los niños que fue tan sensible para ellas. Tampoco estuvieron conformes con llamarla ′Sociedad del Ángel Guardián′ y variaciones. Finalmente llegaron a Sociedad ′Amigos de los niños′ y así quedó decidido.

Alberto distribuyó los folletos que traía de ilustración sobre Sociedades para que cada uno aprendiera algo al respecto y quedaron en reunirse en torno a todo eso al día siguiente, en cuanto Tulia y Julio regresaran de sus

trabajos. Juanita, Delia y Eloísa estarían listas desde el momento del regreso de la escuela de Mario y Tomás.

Esa noche, Julio y Alberto se ubicaron en uno de los apartamentos pequeños y en el otro arreglaron una buena cama para Eloísa quien aceptó agradecida.

Eloísa tenía en su mente la idea de ir al pueblo en donde había vivido Ernestina, de conocer a la partera que le ayudó en el nacimiento de sus nietos y de oír sobre el final de la historia del Sánchez cuyo apellido le asignaron a la joven en el registro oficial de defunción. Simplemente estaba deseosa de conocer esos vericuetos de la vida que terminan de la forma menos esperada pero al final, en este caso no demasiado terrible. Al despedirse de su hijo le comunicó su deseo y él pensó que podrían ir juntos, saliendo muy temprano. Al fin él ya conocía el pueblo de Aguafría y tenía una idea de cómo llegar al famoso campo del tal Sánchez, que Julio podría aclararles sin necesidad de hacerlo ir hasta allá.

En la mañana todos salieron. Mercedes quedó a cargo del aseo y de preparar comida suficiente para todos. Alberto y su madre tomaron un carro expreso que los llevó en dos horas hasta la oficina del gobierno en Aguafría. Ahí llegaron en plan de recopilar los datos sobre la muerte de la señora Ernestina Sánchez. Brevemente se dieron a conocer como allegados a la familia Carreño González, que eran los verdaderos apellidos de la difunta.

El Secretario los atendió con amabilidad y les dijo que enseguida les enseñaría los documentos pertinentes.

Solamente encontró el certificado de defunción firmado como testigo presencial por la señora Araceli Patiño, enfermera que asistió a la señora en sus últimos momentos.

En ese certificado la señora Patiño afirmaba que la señora Ernestina Sánchez la había mandado llamar mediante un recado escrito que estaba adjunto, en el cual la misma señora se llamaba a sí misma de esa forma. Ellos anotaron la fecha, el nombre y dirección de la partera-enfermera Patiño y preguntaron si ella continuaba viviendo en Aguafría a lo cual el secretario contestó que él pensaba que sí, pero que sin duda los vecinos podrían darles su nueva ubicación si no la encontraban en la misma dirección que señalaba ese documento.

─Mmm… fue la misma Ernestina quien se llamó Sánchez, dijo Alberto.

─Sí, y tenía que ser así pues ella estaba protegiéndote a ti y a los niños quienes huían por esos días. No podría haberlo hecho con su propio apellido. No quería que nadie de su familia supiera de ella, porque sabía que las tías no habían encontrado el tesoro que buscaban─, dijo Eloísa.

─Ah, claro!, Julio me dijo que él se había dado cuenta de que ella protegía a alguien─, reflexionó Alberto.

Tomaron el carro que los esperaba y fueron a la dirección de la partera. Abrió una mujer joven y cuando preguntaron por la señora Aracely ella contestó que la señora ya no atendía partos. Ellos le dijeron que venían solamente para conversar con ella. Que por favor le pidiera que los recibiera.

La mujer joven se demoró unos diez minutos y regresó trayendo del brazo a una mujer mayor que se veía un poco enferma. Los hizo entrar en una sala pequeña y un poco descuidada. Alberto ayudó a la señora Patiño a sentarse y con toda delicadeza se disculpó por molestarla explicando que su madre venía desde Bellosur solamente para intentar saber directamente por ella acerca de la hija de una amiga muy querida a quien había prometido en su lecho de muerte que buscaría a su hija hasta encontrarla, viva o muerta.

La enfermera muy amable les dijo que le contaran de quién se trataba. Cuando escuchó el nombre de Ernestina Sánchez, enseguida asintió y con toda tranquilidad les explicó todo lo que quisieron saber. Del nacimiento de los gemelos, de la debilidad y la orden que ella, como partera le dio al señor Sánchez de que consiguiera a alguien que la cuidara porque si no se le moría la madre y los niños también, porque estaba muy débil.

En ese momento la partera le pidió a la joven que atendía la puerta que le alcanzara el libro de los partos de… unos doce años antes...y que buscara el nombre de Ernestina

Sánchez. Así, Eloísa anotó exactamente la fecha del nacimiento de sus nietos. Le preguntó si los niños fueron prematuros. La partera dijo que ella le había dicho a Sánchez que así era, pero que no. Los niños no podían ser de Sánchez, pero esa pobre joven tenía terror de que yo fuera a descubrirla y yo le guiñé el ojo y aseguré en voz alta que con esa debilidad de ella, antes alcanzaron a llegar a los siete meses… y sobre todo por ser dos al tiempo… La tristeza de esa señora que yo había visto desde antes, cuando el supuesto esposo me mandó llamar porque ella estaba enferma, esa tristeza me dijo que ese bruto se la había robado y que ella no tenía ninguna posibilidad de escaparse, entonces se aguantaba todo para hacerle creer que el hijo era de él…

Eloísa muy acongojada, iba ya a pararse para despedirse de la amable partera cuando Alberto preguntó:

″Y, qué fue de los niños?, siguen vivos?″ a lo cual Aracely contestó:

″Yo creo que sí y que fue la buena obra de ese pobre Ciriaco que se moría por ayudar a la señora, aunque él la pasaba si se quiere más mal que ella, en el sentido de que el viejo no le pagaba nada, lo golpeaba a medio que algo le disgustaba, no le daba más comida que los sobrados que quedaran en los platos y lo obligaba a dormir en el puro suelo, en un rincón de ese rancho medio caído en donde dormían todos. Ese muchacho… yo creo que fue él quien los llevó al hospicio, porque ella me mandó llamar el día

que se estaba muriendo y yo le pregunté por los niños y algo dijo de un hospicio. Y le pregunté: ¿Están en un hospicio?… y ella hizo sí con sus ojos y en ese momentico sonrió dulcemente y murió contenta de que sus hijitos estaban a salvo.

Los visitantes estaban conmocionados con la historia real de la muerte de esa joven madre y la ayuda del cielo que fue el Ciriaco para todos ellos. Alberto sacó un billete y se lo entregó en nombre de la madre de Ernestina que sin duda desde la Vida Eterna había visto y apreciado su gran ayuda. Ellos le agradecían también y tratarían de ver a los niños. Le prometió escribirle y contarle.

Entonces fue Eloísa la que preguntó: ″¿Y cuál fue el fin del señor Sánchez?″

″Pues que se enloqueció y gritaba por todas partes: ¡Me robaron a mis hijos gemelos, el Ciriaco me los robó!, y gritaba y gritaba hasta que la gente se cansó y la policía se lo llevó para un manicomio que queda no sabemos dónde. Yo creo que ya debe estar muerto, o a lo mejor, acomodado viviendo con los locos y comiendo gratis...″,

Entonces los visitantes se levantaron y abrazaron a Aracely Patiño y le prometieron escribirle contándole lo que supieran de los niños.

Se despidieron de la más joven y salieron con la conciencia de haber compartido algo de la vida de

Ernestina y cada vez más agradecidos con Julio quien fue el verdadero héroe de toda la historia.

En el carro le pidieron al chofer que averiguara en dónde quedaba el campo en donde había vivido de tal señor Pedro Sánchez y los llevara hasta allá.

Sobraron ayudas. Por lo menos cinco gamines se colgaron del carro y le iban diciendo a gritos al chofer por dónde se tenía que meter. Al fin llegaron a un espacio yermo, con un esqueleto de casa que pronto acabaría de derrumbarse. Nadie se veía por esos lados.

Ellos se bajaron y los gamines les iban diciendo que en esa casa ya no vivía nadie y que era peligroso entrar. Alberto les preguntó si habían conocido a alguien de ahí. Uno dijo que su papá había trabajado en las construcciones con el Ciriaco y que decía que ése era ′güena persona′, que ojalá estuviera bien en alguna parte. Otro dijo que el Ciriaco se había robado unos niños para venderlos a unos curas en otra ciudad… y a cual más disparatadas versiones, pero al final, ninguno había visto a nadie de esas épocas por ahí.

Alberto les preguntó que dónde estaba el cuarto en donde dormía Ciriaco. Todos estuvieron de acuerdo en el lugar. Hasta señalaron el colchón, que era un terraplén de paja y basura, en el centro del espacio que tenía un techo que se estaba cayendo contra el pedazo de la pared que quedaba. Ese era ′el cuarto del patrón Sánchez y la señora que se murió, que fue la misma que tuvo gemelos y que Ciriaco se los robó porque él también dormía ahí…′

Alberto agotó su provisión de monedas y les dijo muy serio que se las repartieran justamente, sin engañar a ninguno. Que seguro que Ciriaco era buena persona y estaba bien y trabajaba y le pagaban y también lo querían mucho porque le ayudaba a la gente.

Los chicos se fueron corriendo muy felices con las monedas y los viajeros volvieron a su coche y regresaron a Diaclaro.

Eloísa lloraba a ratos y a ratos se reía al recordar todas las historias. Al final dijo como meditando :

─Llegar a la vejez para aprender el valor de la gente y de la vida… ninguna buena acción es inútil, aunque lo parezca…, todas son semillas que darán fruto algún día…

Al llegar, antes de bajar del carro, la madre abrazó a su hijo y lo besó en la frente. "Gracias, hijo, por tu constancia en buscar a Ernestina. Gracias de veras. Hoy he aprendido mucho, mucho…

─Ahora solamente falta buscar la tumba y poner una lápida con su nombre completo: Ernestina Carreño González y sus datos de lugares y años de nacimiento y de muerte. Nada más, y sin hablar de eso a los niños para quienes lo único claro es que su primera madre se fue al Cielo y ahora tienen dos madres: Tulia y Delia Malagón, y desde ayer, encima, una abuela. No les compliquemos la vida con visitas a cementerios─, dijo Alberto y Eloísa estuvo muy de acuerdo.

─Gracias a ti, madre por tu compañía, tu comprensión y tus muy buenos consejos─, fue la respuesta de Alberto, llena de cariño verdadero. Se quedó pensativo un momento y añadió: ─¿sabes?..., me gusta mucho Delia.

Eloísa apretó el hombro de su hijo y sonrió. Solamente contestó:

─Eres un hombre libre─, y entraron a la casa.

Todos estaban presentes. Mario y Tomás habían traído un amigo de la escuela y los tres jugaban fútbol con el tío Julio.

…….

Alberto encargó a Julio todo lo relativo a la tumba. Al fin era él, a través de sus relatos verificados por el abogado, quien había conducido al descubrimiento de la identidad de Ernestina, identidad corroborada con los documentos de la partera.

Iniciación del proyecto ″El Ángel de los niños″

Cuando, ese viernes, después de comer todos en familia, Mario y Tomás lavados y empijamados quedaron dormidos, los adultos se reunieron en torno a la mesa del comedor para comenzar a dar forma a 'La Sociedad Amigos de los Niños'.

Alberto comenzó por pedir a una de las damas presentes que quisiera ofrecerse como Secretaria, que tomara notas de la reunión, con fecha, hora, lugar y nombres de los presentes, explicando que, aunque se trataba de una reunión preliminar, era muy importante establecer las rutinas, porque esas actas reflejarían día a día la marcha del proyecto. Juanita se ofreció y Delia le proporcionó papel y pluma para el efecto.

Después de tener la lista de los presentes, Alberto les animó a expresar sus pensamientos iniciales.

Eloísa fue la primera en hablar para expresar que ella entraría posteriormente a la Sociedad, si fuera posible, cuando se hubiera consolidado y llevara un tiempo de existencia. Por eso pedía en ese momento que no la incluyeran en la lista, porque era muy importante que los Miembros Fundadores fueran ellos cinco. Sin duda, en los reglamentos establecerían las condiciones para Nuevos Miembros, y entonces ella solicitaría su admisión. Puesto que el día subsiguiente debía retornar a Bellosur para encontrarse con su hija Isabel, solamente estaría un día

más en Diaclaro y en él, ella les podría hablar informalmente de las experiencias que había vivido con organizaciones similares y contestarles algunas preguntas que quisieran hacerle. Por el momento, dado que estaba cansada y que quería pensar en todo lo visto y escuchado durante ese día, les pedía permiso para retirarse.

Diciendo esto, se levantó, todos se pusieron de pie y le desearon muy buenas noches. Ella se fue directamente a dormir.

La Secretaria borró de la lista de los presentes el nombre de la señora Eloísa y comenzó desde cero la redacción del Acta de Iniciación de la Sociedad.

Los miembros fundadores discutieron sobre construir los reglamentos. En eso sería de gran ayuda utilizar buena parte del día siguiente, sábado, en escuchar a la señora Eloísa y utilizar su conocimiento y acertados consejos. Entre los documentos que tenían había dos 'Reglamentos' correspondientes a dos sociedades existentes muy diferentes entre sí, que podrían tomar como una guía y a la vez establecer comparaciones e ir decidiendo el orden y lo que incluirían y lo que no en cada capítulo.

La reunión se cerró dos horas después, quedando los circunstantes comprometidos para dedicar el sábado íntegramente a construir el borrador de los Reglamentos. Así, el domingo por la tarde tendrían todo listo para pasar el acta a un libro especial que Alberto, con ayuda del abogado que ya estaba avisado y conforme con su

posición de asesor legal, conseguiría, y esa acta más los papeles referentes al dinero que obtendrían según el oficio notarial de Bellosur, les permitiría inscribir oficialmente a la Sociedad ante la municipalidad de Diaclaro.

En cuanto comenzaran a venderse las joyas, tomarían inicialmente en arriendo la sede para el hospicio, y entrarían en la labor de informar a la población de los fines de ese hospicio y de la forma en la cual actuaría en favor de los niños que necesitaran una ayuda y protección especial. El origen de los fondos que conformaban el capital de la Sociedad, aparecería en el acta simplemente como ″donaciones testamentarias″ de Martina González y Ernestina Carreño González, respaldadas por el acta notarial respectiva.

Todo se logró. Eloísa y Tulia fueron las más dedicadas a la construcción y redacción de todas las normas de funcionamiento tanto de la Sociedad como del hospicio correspondiente, pues los cuatro restantes tenían muchos trámites que adelantar y papeles para organizar.

El domingo en la mañana, antes de salir ella para el viaje de regreso a Bellosur, Alberto y su madre hablaron cinco minutos. Ella quería insistir en que no le confesara a nadie más, en particular ni una palabra a su hermana Isabel, quien seguramente estaría ahí en unos pocos días, relativa al hecho de su matrimonio con Ernestina. Ella la pondría al día en todo lo demás. Pero, dada la irreverencia de su hermanita por las normas y exigencias del mundo de su

padre, cualquier imprudencia de su parte en ese aspecto, daría al traste con el proyecto. En cuanto a los niños, ella le aconsejaba el proceso de adopción legal en lugar de reconocimiento de paternidad natural. Lo esencial es lo esencial: El amor y el hecho mismo de su concepción. Lo demás son añadidos que pueden hacer mal a lo esencial. Alberto la tranquilizó completamente y le dijo que todos esperarían a Isabel Torres en cuanto quisiera llegar.

Eloísa prefirió viajar en un bus de servicio público en lugar de hacerlo en coche contratado. Le incomodaba la idea de no tener, aparte del conductor, con quien hablar a lo largo de más de cuatro horas de recorrido, quien por su lado debía que concentrarse en su oficio. Era más suave el bus que paraba en algunos lugares y en el cual se subía gente que conversaba de sus cosas y que le permitía a ella conocer un poco de la vida real que viven la mayor parte de los habitantes de una región y de un país como el suyo.

Todos los integrantes de esa nueva y muy grata familia la despidieron en la estación. Al subirse al bus, ella prometió enviarles un telegrama esa misma tarde en cuanto llegara a Bellosur.

Una aspirante desesperada

Eloísa llegó a Bellosur poco después de las dos de la tarde. Era domingo, día libre para la empleada, de modo que si Isabel no había llegado, ella estaría sola hasta el momento del regreso de la joven. Envió el telegrama prometido

desde la oficina del correo en la estación y tomó un carro hasta su casa.

A las siete pasadas llegó Isabel. Eloísa había preparado una cena para las dos y después de un saludo afectuoso, fueron a la cocina y en cuanto terminó de dorarse lo que estaba en el horno, comieron con apetito. Al terminar empezaron a conversar.

─¿Cómo dejaste a Genoveva?─, preguntó la madre.

─Pues, igual que siempre. Muy importante y refinada, siempre vestida a la moda, siempre peinada y adornada y siempre pensando en sus próximas compras─, fue la respuesta seguida de un gesto de que todo eran tonterías. De pronto, Isabel reaccionó para decir:

─Madre. No creo que sepas porque esas cosas a ti no te interesan, pero imagínate que están vendiendo unas joyas muy antiguas y carísimas. Todas las mujeres ricas quieren comprarlas… Nadie puede saber de dónde salieron ni quién las tenía, pero están oficial y legalmente en venta─. Isabel miró a su madre. Ella dijo sin mayor interés:

─Sí, algo supe de eso─, luego, sin modificar su tranquilidad, Eloísa preguntó a su hija:

─Y ¿supiste algo de tus hermanos y cuñadas?

─Pues el mismo disco. Negocios, negocios, buenos negocios, importaciones, exportaciones, dinero en buenas cantidades… Eso sí, nada de bebés. Ninguna de las tres

jóvenes y ricas y elegantes esposas está deseosa de criar… Este mundo se va a despoblar de tontos y se volverá a poblar a punta de limosneros… A lo mejor nos conviene a todos─, fue el discurso de Isabel.

Mirando a su madre que sonreía al escuchar sus barrabasadas, la hija preguntó:

─Oye, estás rejuvenecida. Te veo muy bien. ¿Qué andabas haciendo en,… bueno, por allá?, dime algo bonito, como que conseguiste un novio guapo o por ese lado de cosas─.

─Bueno… por ese lado de cosas pero no de novios. Poco a poco lo vas a adivinar, porque no te voy a contar nada─, dijo la madre

─Entonces ¿estamos jugando?… hacía mucho que no lo intentabas─, reaccionó Isabel.

─Juguemos, pues. Me toca preguntar a mi─, dijo Eloísa:

─¿Sabes en qué anda tu hermano Alberto?

─Pues en lo de siempre. Buscando a su adorada Ernestina─. Contestó Isabel. Enseguida dijo:

─Ahora pregunto yo: ¿En qué pueblo perdido está ese pobre romántico?

─En uno que se llama Diaclaro─, dijo la madre y enseguida preguntó:

─Adorada...¿por qué dices eso de la hija de Martina?─

─Ay, madre! Porque Albertico la adora. Si a mí alguien me quisiera como él quiere a esa muchacha, aunque fuera el último borracho del último pueblo, yo lo aceptaría─, y luego hizo su pregunta:

─¿Quieres que hablemos de Ernestina y de su madre?

─Es buena idea. Contestó la madre. ¿Qué sabes de ese amor de tu hermano?

─Él no me lo dijo nunca pero yo lo veía como perdido en Eltejón en ese apartamento que arrendaron entre tres o cuatro estudiantes para tener en dónde discutir. Yo fui una vez y supe enseguida que ahí él se veía con alguien, con una mujer, quiero decir─. La pregunta siguiente de Isabel fue:

─¿Te preocupa ese amor?─. A lo cual la madre contestó:

─Pues si lo hubiera sabido en ese tiempo me habría preocupado mucho por tu padre y su rigidez─. Ahora mi pregunta:

─¿Cómo supiste que era Ernestina?

─Lo vigilé una semana completa y la vi a ella dos veces, en días y horas diferentes entrar y estar adentro como una hora o algo más… ninguna otra mujer apareció ningún día de esa semana por ahí. Después no volví. No es mi estilo meterme en intimidades ajenas. Fue solo curiosidad. Luego con lo de la muerte de Martina y la desaparición de

Ernestina, yo vi a Albertico muy desolado, con un terrible sufrimiento. No me atreví a hablarle─. Ahora mi pregunta:

─¿Por qué estamos hablando de esto?

─Porque Alberto encontró a Ernestina…, muerta. Hace seis años que murió─. Ahora me toca preguntar:

─¿Podrías imaginar algo bueno de todo esto tan triste?

Isabel pensó un instante y enseguida contestó:

─Sí, mamá, ¡mamá de mi alma!...¡tienes un nieto y yo tengo un sobrino!─ y levantándose, Isabel abrazó a su madre con todo su amor y ambas lloraron emocionadas.

─Dos. Son gemelos. Tienen once años

Isabel hizo cuentas con los dedos y dijo: ─doce. Hace doce años que los descubrí. ¡Claro que salen las cuentas!.

─Madre, yo quiero ir a conocerlos. ¿Cuándo puedo ir?

─Primero tienes que ponerte al día de muchas cosas y luego tenemos tú y yo que planear lo que vamos a hacer─. Contestó Eloísa.

─Bueno. Comencemos con la historia. ¿Cómo fue que Alberto supo que Ernestina, la de él, era la Ernestina muerta en ese pueblo?

Eloísa le contó la historia de la maestra de Diaclaro que fue a la ciudad vecina y oyó hablar a dos parroquianos cuando decían que alguien preguntaba por la muerta misteriosa de otro pueblo cercano pero en dirección

contraria, un pueblo que se llama Aguafría. Ellos pensaban que había sido un crimen, varios años antes… La maestra hizo el viaje a Aguafría y buscó al señor que andaba haciendo preguntas y lo convenció de ir a Diaclaro en donde vivía un amigo de ella que sabía de eso porque había trabajado en la finca en donde murió esa señora. El señor era tu hermano y al día siguiente encontró al hombre y supo toda la historia del rapto de Ernestina originado en acciones de las tías de ella. Ernestina se enfermó y él quien por esos días tenía apenas quince años, le ayudó en todo lo que pudo y entre los dos planearon cómo sacar a los niños aprovechando que el supuesto padre se había ido dizque a conseguir un médico. Los disfrazaron un poco para que no parecieran gemelos y ella le dio con qué pagar un hospicio…

—Pregunta otra vez—, indicó Eloísa

—¿Cómo consiguió dinero ella?—, preguntó Isabel

—El marido le daba para el mercadito y ella ahorraba centavos. Con eso tuvo para mandar venir a la enfermera para que estuviera presente cuando ella muriera—. Ahora pregunto yo, dijo Eloísa:

—¿Cómo te imaginas la cama de Ernestina?

—Pura paja en el piso… y tal vez trapos viejos—, contestó Isabel. Luego preguntó:

—¿Y eso qué tiene que ver?

─Pues que las camas de paja y basura no se cambian nunca de puesto ni de sábanas, ni cojean ni hay que barrer debajo de ellas─, contestó Eloísa. Enseguida preguntó

─¿Ves alguna utilidad a una cama como la de Ernestina?

─mmm,… pues, pues tal vez que se pueden encontrar cosas que se han caído entre la paja, como monedas, por ejemplo...

─Piensa más… ¿qué podrías hacer ventajoso para ti con una cama así?─, preguntó la madre

Isabel pensó y… al cabo de unos minutos dijo: ─Pues es un buen sitio para esconder algo, tiene que ser algo que no se pudra, por supuesto. Ahora pregunto:

─¿Qué escondió Isabel en esa cama?

─En el fondo, contra el piso, escondió algo que Martina le había dado dos días antes de morir y le pidió que lo llevara siempre con ella, cosido por debajo de la blusa, porque era la herencia de su abuelo para ella─ ahora siguió la pregunta de Eloísa:

─Y ¿por qué crees que Martina le pidió eso?

─¡Ah!, ¡las joyas!, ¡claro! porque Martina sabía que sus hermanas iban a batir la casa apenas ella muriera, buscando el tesoro que la madre recibió del viejo González y se lo había dado a Martina y no a todas ellas.

─Ahora pregunto yo─, dijo Isabel

─¿Quién rescató las joyas?

Eloísa contestó:

─El mismo muchacho que ya tenía todo listo para escapar con los niños. Ernestina lo guió para que buscara debajo de toda esa paja, sin desbaratar la cama. Ahí habían estado esas joyas cinco años sin que nadie más que ella supiera de su existencia. El chico se llevó a los niños para donde vivían su propia madre y su hermana y todos guardaron el paquete sin abrir, hasta el día en que apareció tu hermano─. Ahora te pregunto:

─¿Por qué crees que en seis años esas gentes pobres no abrieron un paquete que sabían que valía mucho dinero?

─Porque son de veras buenos. Por eso. Además Ernestina debía estar segura de que su amor la buscaría y terminaría encontrando sus rastros─. Pregunta:

─Ernestina habló del padre de sus hijos?

─No, pero le dijo al chico que si podían esperar sin abrir el paquete hasta que llegara el momento preciso, era mejor. Que ese momento llegaría y que él lo sabría cuando llegara. No le contó nada. Estaba protegiendo a todos: a tu hermano, a sus hijos y también al chico que se los llevaba lejos para salvarlos del hombre que la raptó con autorización de las tías. Ese mismo hombre se lo dijo a ella, que era por su bien que él se la había llevado porque ella quedaba sola en el mundo, según le dijeron y le pidieron las tías.

Eloísa entonces le habló de lo importante que era que nadie supiera que las joyas pasaron por manos de ningún Linero. Todo se estaba haciendo con base en las declaraciones del chico, que ya era un señor, y por la vía absolutamente legal. Alberto Torres, solamente para cumplir una promesa hecha a su niñera a quien él había querido inmensamente, había dedicado todos esos años a buscar el rastro de la hija muerta de esa niñera, pero nada más.

—Respecto de los niños, ellos saben que Alberto es el papá que llegó de un viaje larguísimo, que su primera mamá se fue al cielo y que ellos tienen ahora dos mamás y encima una abuelita que el papá les llevó de regalo. Las dos mamás son la madre y la hermana del chico. Todos tres los han cuidado con inmenso amor. Todos cinco se apellidan 'Malagón', que es el apellido de la madre.

Luego Eloísa le contó de la Sociedad, añadiendo que de momento lo mejor era esperar a que esté constituida para ir a verlos. Sobre todo no hablar ni una palabra del origen de los dineros para crear un hospicio. Eso quedó resuelto por un juzgado civil como una donación testamentaria de la dueña legítima de las joyas, porque fue fácil dar con los rastros de esas transacciones del viejo González. Si un Linero se ve involucrado, los periodistas nos comen y el proyecto del hospicio, que fue idea de Ernestina en su lecho de muerte, se va al traste. Así que ahora nosotros tres somos todos Torres, y nada más. Es una consigna: de esto no se hablará ni siquiera entre los miembros de la

Sociedad. Todos saben la historia completa pero no la transmitirán a nadie más.

─Ahora la abuela llevará de regalo una tía consentidora para esos jovencitos suertudos─. Dijo Isabel y un poco contrariada Añadió: ─¡Lástima que no pueda ser ya!...

─Ahora hablemos de un futuro para nosotras dos─, propuso Eloísa. Y, sin muchas cavilaciones fueron proponiendo cuestiones: cerrar la casa e irse a vivir por los lados de Diaclaro o cercanías. Vender la casa e invertir el dinero para obtener un ingreso regular y sostenerse con eso. Vender la casa y comprar una propiedad en Altoverde o en Diaclaro. De todos modos el tema de la casa era el fundamental. Además Eloísa pensaba en sus otros hijos y no quería que ellos se sintieran completamente ignorados, aunque en realidad no necesitaban nada, sin duda exigirán que con ellos se cumplan todas las formalidades.

Después de volver varias veces sobre el tema, llegaron a una decisión intermedia: De momento solamente cerrarían la casa dejando a su empleada el encargo de ir un día por semana para mantener todo correctamente y detectar posibles problemas que necesitasen intervención de obreros o algo similar. En ese plan estarían seis meses o hasta un año, al final del cual volverían a hablar para convenir con todos la decisión a tomar, a menos que antes de la fecha señalada decidieran regresar a Bellosur y continuar como hasta el momento venían haciéndolo.

Consecuentemente con la decisión, fijaron la fecha de su viaje a Diaclaro para el mes siguiente. Eloísa escribió a Alberto informándole que en cuatro semanas ellas esperaban organizar lo de llevar y lo que permanecería guardado en la casa para irse ambas por un período de unos tres meses. Durante esas semanas tendrían oportunidades de conversar con Alberto sobre la mejor ubicación para ellas, de forma que no se convirtieran en una preocupación y carga, pero desde la cual todos pudieran disfrutar de acercamientos familiares más fáciles y frecuentes. También en algún momento habría que comentar a sus otros hermanos lo del cambio del apellido que se hizo motivado solamente por la prudencia, mientras los niños llegaban a la edad en la cual legalmente quedaban por fuera de posibles reclamos de paternidad sobre ellos, dado que no se tenía ninguna idea de la situación del hombre que los había buscado como sus hijos robados por un tal Ciriaco.

Alberto agradeció que la visita fuera así, planeada en un lapso razonable de tiempo y habló con Julio. En pocos días recibirían el documento oficial de creación legal de la ′Sociedad′.

Comenzaban a llegar informes del banco sobre ingresos de los fondos establecidos. Era importante que Delia y Juanita, quienes estarían a cargo de las finanzas por el primer tiempo, viajaran con él para hablar de los trámites respectivos allá en Bellosur que era el lugar en donde

funcionaban de momento las cuentas relativas a los ingresos de la Sociedad.

Así que Alberto contestó a su madre que en cuanto tuvieran ese papel oficial y los documentos requeridos, irían él y las dos jóvenes para hacer las vueltas bancarias y además verlas a ellas y colaborarles en el asunto del trasteo provisional que pensaban hacer.

Julio por su parte había dejado perfectamente terminado en el cementerio de Aguafría, el arreglo de la tumba de Ernestina: En la lápida, además del nombre completo y de los datos indicados por Alberto, hizo grabar dos flores simbolizando a los pequeños. Solamente eso y la cruz reglamentaria en ese lugar.

Todos los miembros fundadores de la Sociedad se pusieron de acuerdo en mirar casas para arrendar, que pudieran servir para el hospicio, con el fin de acondicionar la que se eligiera y de la cual se firmaría el arriendo inicialmente por un año. También Alberto habló de mirar simultáneamente una casa pequeña que sirviera para su madre y su hermana…

Cuando la documentación estuvo lista, Tulia se quedó con Mercedes y los niños, dejando en su puesto del mercado a la madre de Mercedes con quien había hecho una buena amistad. Los cuatro restantes viajaron a Bellosur.

Isabel se sintió muy en confianza con las chicas y escuchó admirada las conversaciones de Julio, relativas a sus

recuerdos de vida desde el tiempo de la infancia, en el campo con su padre que era buena persona pero que empezó a ponerse intratable a raíz de la amistad de dos extraños que llegaron un día y lo invitaron a hacer negocios con ellos. Después de un viaje con esos hombres fue que Pedro Sánchez regresó para echarlos a su madre y a ellos que tenían ocho y cuatro años y les dió un par de horas de plazo para salir de su propiedad… Nunca más volvió a ser el hombre bueno que había sido…

Las tareas en Bellosur se tomaron dos mañanas completas. Delia recibió instrucciones sobre el manejo de algunos aspectos especiales de la contabilidad de Sociedades benéficas. Ella se había dedicado en la semana anterior a revisar y estudiar con su maestro todo lo que él tenía a mano. El contador que le explicó en Bellosur quedó sorprendido del buen nivel de la joven y le facilitó todos los impresos que tenía a mano, junto con los manuales oficiales más recientes.

Con Juanita quien era la Tesorera, atendieron a todos los detalles en cuanto a nómina de empleados, autorizaciones de gastos, firma de facturas, límites para las sumas de dinero que podrían moverse en las diferentes transacciones… todo sonaba muy serio y lleno de posibilidades de cometer errores que podrían ser realmente malos. Sin embargo el encargado de orientarlas les aseguró que cuando se atendían bien todos los detalles y todos los pasos de cada transacción, podrían pasar muchos

años con una marcha impecable de los negocios de una Empresa.

Julio era el Presidente de la Junta Directiva de la Sociedad. Él escuchaba la parte que le correspondía en cada uno de los aspectos legales y financieros y Alberto, Secretario y mano derecha del asunto, le completaba y aclaraba con ejemplos las dudas que se aparecían en su mente cuando volvía a pensar en esas cosas.

Isabel quería irse de una vez, pero finalmente aceptó con toda comprensión que lo mejor era hacer todo lo que faltaba al lado de su madre y después, allá llegarían. Además esperaban que Alberto, sobre el terreno, eligiera la casa que más les convendría.

Para el hospicio tenían en perspectiva dos casas. La mejor situada y con un espacio verde más grande, necesitaba muchos arreglos. Julio se inclinaba fuertemente por ésa. Él tenía amigos constructores que sin duda colaborarían con gusto y los trabajos no se tomarían demasiado tiempo. En cuanto tuvieran la casa lista, comenzarían una campaña de información directa, cerca de la gente. En esa labor Alberto pensaba que su hermana Isabel actuaría como líder muy capaz y su madre como consejera en cuanto a muebles y enseres necesarios, así como en cuanto al personal que se debía contratar para los trabajos de portería, aseo y cocina fundamentalmente.

Al cuarto día de haber llegado, los cuatro miembros de la Junta salieron de Bellosur hacia Diaclaro con un ánimo

muy especial. Aparte de Alberto, todos habían sido completamente extraños a ese mundo que comenzaban a conocer y se sentían tensos por lo que cada uno tendría a su cargo. Alberto los animaba diciéndoles que para vivir como ellos habían vivido, en medio de tantas dificultades y temores, buscando cada día la forma de seguir vivos, se necesitaba mucha más capacidad y valentía que para los trabajos de oficina que iban a desempeñar, en donde todo estaba marcado. Lo de la búsqueda de soluciones a los problemas y conflictos sería mucho más simple porque todos estaban en la idea de apoyarse y sacar adelante el proyecto.

Finalmente Alberto les habló de salarios. Cada uno tendría un salario y la primera nómina que se pagaría los incluiría a ellos. No era un salario por ocho horas diarias de hacer cosas, sino por la disponibilidad y la acción de intervenir cuando se necesitara. En general sucedía que se podían dedicar unos tiempos fijos, por ejemplo una o dos horas diarias a las cosas de la Sociedad y en el resto del tiempo, cada uno atendería su trabajo usual, sabiendo que cuando fuera necesario deberían hacer algunos ajustes para atender en otros tiempos lo que quedara descuidado en una situación particular. Podrían hablar de eso después de que estuvieran completos los trámites de apertura de cuentas en el banco de Diaclaro.

Tulia no sabía bien por qué le iban a pagar algo a ella. Tal vez por ayuda en la cocina y en el aseo del hospicio… Ella había quedado en el cargo de Vicepresidenta de la junta,

pero provisionalmente no lo ocuparía hasta que se hubiera preparado para hacerlo y entendiera bien el asunto. Ese fue el acuerdo que quedó en la primera acta. Era importante llenar cada uno de los puestos con el nombre de un miembro para que las autoridades aprobaran sin inconvenientes el arranque del proyecto.

No fue tarea difícil encontrar casas pequeñas y en buenas ubicaciones para las damas Torres. Así que Alberto les escribió con los informes precisos y con la recomendación de no acelerarse, que al fin no era tanta la gente deseosa de instalarse en Diaclaro, como para que fueran a quedarse sin posibilidades en menos de dos semanas. Se podrían ir con trasteo y todo y en un par de días elegirían y tendrían lista la casa.

El tiempo pasó y se lograron los avances. La casa para el hospicio estaba ya en manos de la ″Sociedad Amigos de los Niños″ y los obreros comenzaban a despejar todos los puntos que necesitaban arreglo.

Se comenzó por el baño y la cocina, especialmente en cuanto a las tuberías del agua limpia y los desagües. También reparación y cambio de los muebles correspondientes y construcción de un nuevo baño, además de la renovación completa del existente.

Cuando las obras en el hospicio iban progresando, llegaron Eloísa e Isabel y se instalaron en el apartamento de Alberto mientras escogían la casa, firmaban el arriendo y podían pasarse.

Eligieron una casa que quedaba a solo dos cuadras del hospicio porque la idea de vivir cerca de la obra-empresa de la familia las llevó inmediatamente a decidirse. La construcción era casi nueva, tenía dos buenas habitaciones y además de la sala y la cocina que incluía un espacio para la mesa del comedor, contaba con un patio interior y un pequeño jardín anexo, consistente en un árbol de cerezas en la esquina, algo de prado y un par de plantas de flores.

Al cabo de una semana se pasaron y ocho días después invitaron a todos a una comida de inauguración para el domingo siguiente.

El Notario y el Banco de Bellosur avisaron, después de dos meses de haber puesto en venta la herencia de Ernestina, que todos los fondos se habían recaudado y que en Diaclaro les serían entregados los documentos correspondientes y serían ubicados los fondos para la ejecución de los proyectos de la Sociedad.

Alberto se apersonó frente a las autoridades bancarias de Diaclaro. El día señalado se presentaron oficialmente los cuatro miembros de la Junta en funciones, para firmar y recibir los documentos junto con una libreta de cheques y un balance de cuentas a esa fecha.

Tulia los acompañó, como Vicepresidente de la Junta, de momento apenas nominal, porque era importante que la conocieran en el banco y que ella a su vez comenzara a aprender algo de los movimientos que se repetirían regularmente a partir de ese mismo día. Sin duda llegarían

situaciones en las cuales, por alguna circunstancia ella tuviera que hacer alguna transacción y debía estar lista para eso.

Mientras las obras físicas en la casa-hospicio continuaban, Julio trabajaba en ellas como obrero, ganando el mismo salario que ganaba cuando trabajaba anteriormente en una obra similar.

Tulia atendía su puesto del mercado, Juanita seguía siendo maestra en la escuela de los niños y Delia terminaba su Educación Básica y tomaba todo el tiempo restante en aprender mejor los secretos de la Contabilidad y anotar todos los movimientos de dineros necesarios para que las obras en la casa del hospicio marcharan correctamente . Con su maestro aprendió el asunto de preparar una nómina y con Alberto lo aplicaba a las primeras nóminas de la Sociedad.

Para determinar los salarios que se asignarían a los miembros de la Junta, Alberto, en su calidad de Secretario convocó una reunión para tratar ese tema.

Dada la total ignorancia al respecto de los restantes, Alberto les propuso que fijaran un pago por hora de trabajo en cosas de la Sociedad como tal y que al final de cada mes, cada uno informara a Delia cuantas horas había trabajado ese mes para la Sociedad y se anotarían esas horas y el pago que les correspondía en la nómina.

Así, sin duda Delia tendría más horas que todos porque ella era quien más tenía trabajo que hacer, pero los demás también tendrían trabajos. Desde el tiempo de asistir a la reunión mensual, hasta la colaboración en cualquier tipo de diligencia o viaje o entrevista que fuera preciso llevar a cabo.

No fue larga la discusión y todos aceptaron un pago por hora simple trabajada, igual a la cuarta parte del pago que lo que ganaba un obrero raso en un día de trabajo en una construcción. Venía a ser que el trabajo con la Sociedad se pagaría doble de lo que ganaba un trabajador en una obra por ese mismo tiempo, pero era porque el trabajo con la Sociedad en los asuntos de funcionamiento de ella, siempre exigía mucho más que el trabajo ordinario y repetitivo de un obrero: el miembro de la Sociedad necesitaba conseguir un permiso o un reemplazo en su trabajo, además de aprender cosas y ejecutar tareas de mayor responsabilidad y que no eran tan simples como repetir lo mismo de todos los días… etc. Era un pago justo.

Todos aceptaron. Entonces ahí mismo Alberto le pidió a Delia que tratara de calcular cuántas horas había trabajado ella en lo de las cuentas de la Sociedad, en ese mes. Ella fue diciendo día por día según sus apuntes y al final sumando todas esas horas y medias horas, se llegó a sesenta horas. Entonces ese mes anotaría en la nómina: horas trabajadas: sesenta. Pago adeudado: ciento veinte horas de un trabajador raso. Algo más o menos equivalente

a tres semanas de un trabajo raso de cuarenta horas semanales.

Luego les pidió a todos que hicieran sus propias cuentas y las fueran anotando. Y que eso mismo hicieran en adelante, para que mes por mes, tuvieran muy claro cuánto tiempo habían dedicado a trabajos de la Sociedad. Que no se olvidaran de incluir las horas de las reuniones de la Junta, fueran las reuniones mensuales determinadas en el Reglamento, o reuniones extraordinarias, convocadas por algún asunto urgente. Para facilidad de todos, podían establecer dos horas por cada reunión, aunque a veces se alargaran un poco o terminaran antes de lo previsto.

Con esto, terminaron la reunión contentos y sabiendo que esos pagos eran por sacar adelante el proyecto que valía mucho, por el bien que esperaban que la Sociedad produjera para todos los niños necesitados que llegaran al hospicio.

Alberto dijo a todos, que diariamente iba a estar disponible para aclarar a unos y otros lo que era ese trabajo como miembro de la Junta, no cualquier trabajo que hicieran por contrato con la Sociedad para realizar tareas que no estaban relacionadas exclusivamente con la marcha de la Sociedad. Los trabajos en el hospicio no eran en sí mismos trabajos como ′miembros de la Junta′ aunque los desempeñaran miembros de la junta. Tales trabajos siempre serían trabajos por contrato, pagados con salario

mensual si eran trabajos permanentes, o pagados como honorarios cuando se tratara de tareas cortas o temporales.

Al final del primer mes Delia entregó a Juanita, Tesorera de la Sociedad, la nómina del mes. Juanita obtuvo el dinero del banco, preparó los comprobantes que los miembros firmarían, dando una copia firmada por ella del que correspondía a cada uno y les entregó sus respectivos pagos. Les recomendó que guardaran ordenadamente esas copias de sus pagos, pues sin duda en el futuro las necesitarían.

Y así comenzó a andar el proyecto.

El amor y el hospicio en marcha

Los trabajos de reparación y adecuación de la casa se tomaron un mes más. Debían reunirse para hablar de la metodología para dar a conocer la existencia del hospicio que en adelante se nombraría siempre como orfanato u orfelinato ″El Ángel de los niños″, para distinguirlo de la Sociedad ″Amigos de los Niños″, que era la entidad responsable, y establecer un reglamento inicial de funcionamiento del orfelinato.

Esto lo hablaban Julio y Alberto, la tarde del primer pago, cuando se les juntaron Juanita y Delia para el mismo asunto. En el momento llegó Tulia y viendo que estaban en plan de hablar de los asuntos del orfanato, simplemente les dijo que ella se haría cargo de los niños. Que ellos pensaran y hablaran todo lo necesario porque el tiempo de empezar se les venía encima.

Los cuatro se sentaron en el apartamento de Julio. Inicialmente Alberto repartió unas hojas para que cada uno, sin escribir su nombre, anotara los asuntos que le parecían más urgentes de resolver antes del comienzo de las campañas y del trabajo mismo. Se dieron diez minutos para esa tarea individual y luego Alberto recogió los papeles de todos para hacer una lista de los temas, indicando en cada uno el número de puntos o personas que lo habían señalado.

Al final la lista que leyó para todos fue la siguiente:

a. Cómo prepararse para contarle a la gente acerca del orfanato. 4 puntos

b. Quién dirigiría la campaña 4 puntos

c. En qué pueblos se haría campaña 3 puntos

d. Qué condiciones de edad, sexo, salud, familia, ...debían tener los niños para ser recibidos 3 puntos

e. Conveniencia de celebrar alianzas entre ellos… 1 punto

Al terminar, Alberto les propuso que, con votación, escribieran el orden que deseaban para la discusión, e iban eligiendo puesto por puesto.

Para el primer puesto:

3 votaron por (e), y 1 por (b), entonces Primer puesto: e

Para el segundo puesto:

4 votaron por (b) Segundo puesto: b

para el tercero:

3 votaron por (d) y 1 por (a) Tercer puesto: d

Para el cuarto puesto:

3 por (c) y 1 por (a) Cuarto puesto: c

y lógicamente Quinto puesto: a

Con el Orden del día así determinado, Alberto propuso que cada uno dijera algo al respecto de alianzas entre ellos…

Juanita inmediatamente expresó: Pues por mi parte, creo que Julio y yo tenemos un compromiso y pienso que todo este trabajo lo podemos hacer mucho mejor si antes realizamos la alianza establecida en ese compromiso.

Julio dijo que estaba totalmente de acuerdo, pero que deseaba oír a su hermanita al respecto.

Delia dijo que ella sería muy feliz de acompañarlos con toda la familia a celebrar esa alianza.

Alberto, antes de dar su aprobación a esa alianza, dijo a Delia: ″Delia, tú sabes que yo te amo. Deseo con toda mi alma casarme contigo. ¿aceptas ser mi esposa?″

Delia contestó: ″ Alberto, yo te he amado desde el primer día que te vi. Claro que acepto″. Todos se pusieron de pie. Las parejas comprometidas se abrazaron y casi al unísono dijeron: ″pues, ¿qué esperamos?″. Entonces, más calmados y muy contentos, decidieron terminar la reunión y al salir de ella buscar a las tres madres y a Isabel y contarles para fijar con ellas una fecha cercana y hacer una boda doble muy sencilla, que no produjera ningún alboroto en la ciudad.

Aprobado el punto, continuaron con los otros cuatro, reduciendo el acta a esos temas que fueron tomándose en

consideración, respecto de los cuales lo más importante era establecer las condiciones de los niños que serían recibidos. Todas las cuestiones serían propuestas a la familia ampliada para tener su ayuda e integrar a las mujeres, abuelas y tías de los niños en el análisis de las situaciones.

En relación con otros hombres, Alberto descartó a sus hermanos y explicó brevemente la diferencia de estilos de vida y de trabajo. Juanita no tenía hermanos y Julio y Delia eran hermanos pero estaban ya involucrados, así que, de momento urgía hablar para preparar una reunión y enfocar los acontecimientos que llegaban así como empujados y de repente.

Después de haber apoyado a los chicos para que realizaran sus ocupaciones y deberes de fin del día y de dejarlos dormidos, Delia y Tulia se sentaron en la sala para esperar la llegada de Alberto con Eloísa e Isabel por una parte y de Julio con Juanita y la madre de ella por otra. Delia entonces le contó a su madre todo lo que pasaba y el asunto de la reunión y de los dos acontecimientos que tenían frente a ellos. Tulia abrazó a su niña y la felicitó. Ella se había dado cuenta de que Alberto y Delia se entendían muy bien, tenían mucho por compartir y seguramente harían un matrimonio muy feliz y duradero. Tulia se sentía feliz también por el matrimonio de Julio y Juanita. Eran una pareja muy bien avenida, con su amor por los niños, con sus intereses similares en muchos temas y sus maneras de ser, ambos sencillos y tranquilos, de

modo que la vieja Tulia, que no era muy vieja, estaba asombrada de que tantas cosas buenas llegaran a su vida.

Los esperados llegaron. Todas las parientas habían sido informadas por sus hijos de los asuntos que tratarían, así que se sentaron de una vez para comenzar por el tema más emocionante: la boda doble.

Se habló de todo lo concerniente. Lucila, la madre de Juanita, era costurera y se ofreció de una vez a hacer los vestidos de las novias, según el modelo que ellas escogieran. Pensaron en la parroquia. Deseaban que estuviera alejada de su casa actual y del orfelinato, pues no pensaban invitar a ningún vecino. Eso sería una complicación demasiado fuerte. En resumen: El día siguiente las dos parejas irían a ver al párroco de una de esas parroquias, a quien Lucila conocía como un sacerdote de unos setenta años, muy bondadoso y que estaría encantado de casarlos. Acordaron no decirle nada respecto al proyectado orfelinato hasta cuando fueran a empezar la campaña, después de la boda. Preferían evitar que una referencia inocente hiciera saltar actitudes negativas relacionadas con la ejecución del gran proyecto de Ernestina. El sacerdote fijaría la fecha más cercana a partir de la cual se podría celebrar el matrimonio, y ese día lo harían, o el lunes siguiente si esa fecha resultara ser un sábado o un domingo.

Luego de un almuerzo en casa de Eloísa e Isabel, las parejas saldrían con destinos diferentes a un paseo de tres

o cuatro días y volverían para meter todo el empuje a la divulgación de la próxima apertura de ′El amigo de los niños′.

Todo fue asombrosamente simple y los matrimonios resultaron como se esperaba: bien. La instalación de los recién casados fue fácil. Simplemente Tulia y Alberto intercambiaron sus ubicaciones en la casa y Juanita se pasó a vivir con Julio en el apartamento que él ocupaba desde el día de su compromiso. Mirado desde afuera, en esa casa no había cambiado nada.

Comenzó la campaña de publicidad del orfelinato ″El Ángel de los niños″. Eloísa tenía experiencias similares de sus primeros años de matrimonio cuando hacían campañas para obras sociales. Ella, con sus recuerdos claros asumió un liderazgo ejercido en forma de consejos para los jóvenes que hacían los recorridos. Isabel acompañaba a unos y otros. Alberto habló con el abogado del proyecto y le pidió que arreglara un proceso de adopción legal de los niños de Ernestina por parte de él y de Delia Malagón, su esposa. El trámite duró poco más de un mes, hasta que salió la sentencia del juez civil. Los niños comenzaron a apellidarse Torres Malagón y aprendieron a presentarse a sí mismos siempre con los mismos nombres y sus apellidos reformados: En lugar del solo Malagón que era el de la mami, serían Torres Malagón para que también apareciera el del papi.

Los padres adoptivos determinaron que cuando los niños preguntaran por su madre natural, se les contaría toda la verdad pero no antes.

Alberto escribió a Aracely Patiño la partera de Aguafría, contándole que había encontrado a los gemelos y al Ciriaco. Que él, Alberto Torres y su esposa habían adoptado a los niños. Que el chico Ciriaco se cambió el nombre por Julio, era ya un señor y trabajaba en construcción de casas. Que ese mismo señor se hizo cargo de arreglar la tumba de Ernestina allá en Aguafría. Que cuando quisiera verla, buscara en el cementerio el nombre de 'Ernestina Carreño González' que había sido el verdadero. Le daba las gracias en nombre de todos y deseaba verla recuperada. La buscaría cuando algún viaje lo llevara por esos lados. Terminaba la carta con un: "De todos modos, estoy seguro de que Dios la bendecirá por todas sus ayudas".

Hecho todo esto comenzaron las labores en el orfelinato. De entrada era necesario contratar a una mujer que quisiera y pudiera preparase para ejercer como madre de las criaturas que fueran llegando. Isabel se ofreció a ayudar en la preparación de esa persona. Tulia pensó en Mercedes, la joven amiga de Delia que les ayudaba en la casa. Le hablaron y se entusiasmó. Era alguien apropiado, se había desempeñado con los gemelos por ratos largos, sin aburrirse ni ella ni ellos. Sabía leer bien y podía estudiar los libros que Isabel conseguiría sobre la educación de los niños con problemas afectivos que era

una condición muy común en los huérfanos. Así que teniendo esa primera persona, lo demás podría salir fácilmente.

Tulia estuvo pensando y habló de eso con Alberto: Ella podría hacerse cargo de la cocina y del aseo por el primer tiempo. Eso dependía de cuántos niños tuvieran en el orfanato. Alberto lo pensó y le dijo que pensara que tendría que renunciar a su negocio en el mercado. Claro que en el orfanato recibiría un sueldo mensual equivalente, pero de todos modos un negocio propio es algo muy importante.

Después de una charla suficiente, Tulia tomó la decisión de ensayar por tres meses, tiempo durante el cual dejaría el puesto del mercado en manos de una amiga, quien podría ser la mamá de Mercedes. Al término del plazo, ya tendría bien claro qué camino elegir para el tiempo siguiente.

Los acuerdos en torno a los niños que recibieran durante el primer año fueron:

Debían ser huérfanos menores de ocho años. Esto para poder tenerlos a todos juntos en el mismo dormitorio bajo el cuidado de una sola persona. De otra forma habría que agruparlos por edades y tener dormitorios separados según el sexo. Esa situación seguramente llegaría un año después pero no se podía empezar por un panorama demasiado complicado.

Así que la información a la gente se hizo con esa condición de edad, advirtiendo que de momento sería por un año. Al siguiente año, se estudiaría la posibilidad de ampliar los cupos.

Cubrieron cuatro localidades relativamente pequeñas. Dejaron información en las parroquias y en las escuelas y regresaron a Diaclaro para revisar todo lo que era necesario prever.

Juanita se dedicó al tema de calcular gastos, de saber sobre provisiones sobre quiénes proveerían los alimentos diarios que no se podían almacenar, como leche, pan, las verduras que se descomponen rápidamente y las frutas.

Juanita y Delia trabajaban juntas siempre que se trataba de cuestiones de dinero, de compras, de prevenir gastos futuros. Alberto y Julio pensaron en hacer contacto con médicos de confianza a quienes pudieran acudir en casos urgentes. Eloísa haría visitas diarias para mirar a los niños, para ayudar en cuestiones como enseñarles maneras, para que comieran educadamente, para que saludaran y se ofrecieran a ayudar,… en fin para todo lo que una madre educada trata de transmitir a sus hijos.

Y así, se abrió el orfanato ″El Ángel de los niños″, con doce niños en edades desde cuatro hasta siete años. Cinco varones y siete niñas.

Los gemelos Torres iban al orfanato los sábados para jugar al fútbol con los niños que quisieran y la maestra Juanita

enseñaba a las niñas el rol de la mamá que tiene que preocuparse por la limpieza y por adornar la casa y coser vestidos para las muñecas que llegaban como obsequio de niñas pudientes que ya hubieran pasado de la época de esos juegos. Juanita revisaba las tareas de todos los que estaban en edad escolar. Acordaron que por los primeros meses ella iría todas las tardes, después de su trabajo a enseñarles a leer, algo de contar y sumar con los dedos o con piedras pequeñas, a los de seis y siete años. Les dejaba tareas que el sábado ella misma revisaba. La escritura se dejó para el siguiente año.

Se hacían muchas cosas y se empezaban a notar reacciones positivas aún en niños aislados y silenciosos. Lentamente comenzaban a interesarse en algo, aunque solo fuera mirar a los que jugaban fútbol.

De los adultos, Isabel era la más afectada. Le impresionaban tremendamente los problemas de los chiquitos más difíciles. Ella, de su cuenta, comenzó a buscar y conseguir libros sobre esas problemáticas para tratar de ayudar en algo aunque fuera a uno de esos niños.

Así, se vieron despertar varios niños en los meses que el orfelinato funcionó desde su inicio hasta el final del año en curso. En vacaciones los padres que querían y podían se llevaban a los niños por todo el tiempo o por una o dos semanas. Otros padres no regresaron nunca ni a visitarlos. Isabel se convirtió en la mamá de los que nunca salían y ella los sacaba de paseo y les mostraba flores, animales,

edificios grandes, caminaba con ellos hasta que los veía cansados y siempre, antes de regresar al orfelinato se sentaban en un parque y ella les repartía alguna galleta o fruta que había llevado para eso. Esos niños le correspondían con sus miradas atentas y sus tímidas sonrisas. Ella soñaba con verlos transformados en jóvenes normales, activos y decididos. Realmente, con lentitud, lo iba logrando.

Eloísa decidió informar a todos sus hijos que vendería su casa en Bellosur para comprar una finca en Diaclaro con el objeto de apoyar a los niños del orfelinato ″El Ángel de los niños″ y facilitarles el aprendizaje de las labores del campo. Así ellos mismos podrían producir algún dinero mientras aprendían. Que esa finca entraría a formar parte del proyecto como donación de ellos todos, Lineros y Torres. Que si alguno no estaba de acuerdo, se podría negociar en dinero el pago por su parte en la propiedad de la casa y su nombre no entraría en la lista de los donantes.

Los tres hijos lejanos respondieron que sí querían participar. Un sí lacónico pero al fin, un ′sí′. Los dos cercanos no tenían que hablar: estaban completamente sumergidos en el proyecto.

Los jóvenes matrimonios trajeron al mundo nuevos ciudadanos. Una hermanita para los gemelos Mario y Tomás y una pareja de primos Malagón Pinto, ignorantes totalmente de los nombres que su padre llevó en su propia infancia.

De esta forma el orfelinato ′El Ángel de los niños′ creció y se fortaleció. La Sociedad ′Amigos de los Niños′ se mantuvo firme, mejoró sus estatutos y reglamentos y se consolidó como una creación de la sociedad de Diaclaro que podría ponerse como ejemplo.

Los candidatos para ser parte del orfelinato, esos no se acabarán nunca, pero la obra busca y logra que muchos de ellos salgan de la miseria afectiva, física, espiritual e intelectual y se conviertan en seres muy valiosos para el progreso de las familias y los pueblos.

Siguen apareciendo, aún en medio de condiciones completamente adversas, chiquillos como un ′tal Ciriaco′ quienes sin imaginarlo, se convierten en motores de cambios sorprendentes en el seno de la gran familia humana.

……..

Cuídalos si te los encuentras, querido lector. Hace mucha falta esa energía para nuestro mundo que no acaba de contar dineros para comenzar a volcar toda su fuerza al servicio de la fraternidad y al triunfo del amor.

****

Fin de

UN TAL CIRIACO